



MARIO BELLATIN

El jardín
de la señora Murakami

EL JARDÍN DE LA SEÑORA MURAKAMI

Mario Bellatin

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

Agradecimientos: a Peabody y LTC

por el escaneo y corrección del doc original

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>

1

E

El jardín de la señora Murakami Izu iba a ser demolido en los días siguientes: removidas las grandes piedras blancas y negras que lo habían integrado hasta entonces. Secarían además los senderos acuáticos y el lago central, donde siempre fue posible apreciar las carpas doradas. La señora Murakami solía sentarse frente a ese lago para contemplar durante varias horas seguidas los reflejos de las escamas y las colas. Abandonó aquel entretenimiento sólo cuando enviudó. Durante esa temporada la casa se mantuvo cerrada. Las ventanas no se abrieron. Sin embargo, el jardín siguió manteniendo su mismo esplendor. La vivienda continuó al cuidado de Shikibu, la vieja sirvienta. Del jardín se encargó un anciano con mucha experiencia que había sido contratado por la señora Murakami para que lo visitara dos veces por semana.

Al final de algunas tardes, cuando las sombras hacen difusos los contornos de los objetos, la señora Murakami cree ver la silueta de su marido en la otra orilla del estanque. Hay ocasiones en que percibe cómo le hace señas con las manos. La señora Murakami suele sentarse entonces en una piedra situada en la explanada mayor y entrecierra los ojos para ver mejor el espectáculo que se le presenta al fondo del jardín. Aquellas apariciones se presentan cuando las condiciones de la atmósfera son las apropiadas. Cierta vez vio cómo el fantasma iba hundiéndose de pie en uno de los senderos acuáticos.

La muerte del marido fue un trance penoso. Pasó los últimos días en un delirio constante en el cual pidió a gritos la presencia nada menos que de Etsuko, la antigua *saikokú* [1] de su mujer. El esposo quería ver nuevamente sus pechos. Al principio la señora Murakami pretendió no entender aquellos reclamos. Hacía oídos sordos a sus palabras y buscó siempre mantener una actitud serena al lado de la cama del moribundo. Únicamente Shikibu advirtió el pálido rubor de sus mejillas, que aparecía sobre todo cuando el marido hablaba de Etsuko delante del médico.

La señora Murakami prohibió que visitaran al enfermo. Ni siquiera fueron admitidos en la casa los amigos con quienes el señor Murakami solía cenar una vez a la semana. Para descargar la ira que motivó la insólita conducta de su esposo, salió al jardín, mientras preparaban el cuerpo del recién fallecido, para arrancar las cañas de bambú que el

marido había plantado en la inauguración de la casa. Se trataba de bambúes reales, cuyos minúsculos tronquitos había obtenido el señor Murakami la Noche de las Linternas Iluminadas cuando le propuso matrimonio. Aquel ataque de furia no fue advertido por los empleados de la funeraria. Shikibu cerró las puertas y ventanas de aluminio que daban al jardín. Luego trató de calmar a su señora. Le aconsejó tomar un baño, aromatizado con yerbas silvestres, y preparó el kimono [2] que usaría para la ceremonia. Se trataba del kimono color lavanda que la señora Murakami había vestido en su boda. En la espalda estaba decorado con dos garzas azules en pleno vuelo. El *obi* [3] elegido era de un rojo intenso. Durante todo el tiempo que tardaron los empleados en tener listo al marido para el funeral, Shikibu peinó cuidadosamente a la esposa de su señor. El peinado era complejo. A la señora Murakami le parecía ostentoso. Pensó que arreglada así no la reconocerían ni siquiera los viejos amigos de su marido. Le preocupaba lo que pudieran pensar. Shikibu la consoló con palabras cariñosas. Le hizo ver cómo a pesar de las circunstancias su entereza se mantenía intacta.

Los funerales se desarrollaron en un día espléndido. El sol iluminó de manera inusitada el jardín. Las piedras blancas se vieron más claras que de costumbre. Las negras absorbieron la luz hasta alcanzar un tono mate. Antes de salir rumbo a la ceremonia, la señora Murakami pasó al lado de los senderos acuáticos. Miró de reojo el pequeño lago. Las aletas y las colas de las carpas brillaban como si emitiesen luz propia. Le habría gustado quedarse contemplando los peces. Pero afuera la esperaban en el automóvil negro de su marido.

El señor Murakami tenía un automóvil negro fabricado después del final de la guerra. Al principio había sido asignado a un coronel extranjero, quien casi no lo había podido utilizar porque de improviso fue destacado fuera del país. Sus amigos le reprocharon una adquisición tan ostentosa, teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba la sociedad. Tampoco veían con buenos ojos los intercambios económicos con las tropas extranjeras. El señor Murakami sonreía cuando escuchaba aquellas críticas. Se defendía diciendo que pronto su actitud sería copiada por los demás. En efecto, al poco tiempo su círculo de amigos no tuvo el menor reparo en mostrar públicamente las pruebas externas de su riqueza.

La señora Murakami recordaba aquel auto con aprensión. Cuando comenzó a cortejarla, su futuro marido mandaba al chofer hasta la puerta de su casa con costosos obsequios. La señora Murakami —en ese tiempo solamente Izu—, observaba desde la ventana cómo se estacionaba el auto frente a la verja. El primer regalo fueron orquídeas negras que se cultivaban en las islas del oeste del país. En aquel entonces la dolencia de su padre se había agudizado. Pasaba postrado la mayor parte del día. Si bien es cierto que el pretendiente era viudo y algo mayor, Izu iba a cumplir veinticinco años. La familia no se encontraba en condiciones de rechazarlo. Muchas personas sabían que

la familia estaba ansiosa por casar a la hija. Su mano había sido pedida ya en dos ocasiones. Sucesos lamentables impidieron ambas bodas. El primero de los pretendientes, Akira, murió atacado de mal de rabia. Cierta tarde fue mordido por un pequeño perro que le salió al encuentro cuando abandonaba la casa de su prometida. Akira apenas atendió la herida en la pierna derecha. Hizo caso omiso del incidente y dos meses después murió presa de ataques nerviosos. Del segundo pretendiente, Tutzío, no se volvió a saber nada después de un viaje que realizó antes de la boda. Iba a América por un tiempo breve. Quería visitar a sus hermanos antes del matrimonio y explorar la posibilidad de emigrar con su esposa una vez casados. En realidad quería pedir perdón por la conducta que había mostrado durante un viaje anterior. Un año más tarde llegó a Izu el rumor de que los hermanos habían concertado un compromiso con la hija del dueño de una cadena de restaurantes de comida oriental antes de su llegada a San Francisco.

Después de aquellos fracasos, Izu decidió olvidar un futuro matrimonio y dedicarse con mayor disciplina a sus estudios. Cursaba Teoría del Arte en una de las universidades más importantes de la ciudad y su meta era convertirse en una crítica destacada. Precisamente conoció al señor Murakami durante la realización de un trabajo. El señor Murakami tenía en casa una colección de piezas tradicionales. El conjunto no era muy extenso pero contaba con un gran prestigio. Muchos objetos databan de diez siglos. Sus amigos, aquellos con quienes se reunía a cenar una vez por semana, fueron los responsables de bautizar esa parte de la casa como el Museo Murakami. Él había heredado la mayor parte de las piezas de su padre, quien el siglo anterior se había enriquecido gracias al comercio con el extranjero. Sus aficiones no habían abarcado sólo los negocios, sino que mostraba predilección, desde muy joven, por diversas manifestaciones artísticas. Siempre encontró tiempo para asistir a las representaciones *kabuki* [4] o para pasar días enteros en los museos y en las casas de anticuarios. No había estudiado arte, pero parecía contar con un don que le hacía reconocer al instante una obra valiosa. Aquellas aptitudes hicieron que en pocos años comenzara a hablarse de su colección entre los especialistas. Aquel comerciante le inculcó a su hijo la pasión que le producía atesorar un patrimonio. A su muerte, le dejó como legado la casa y todo lo que hubiera dentro. Antes de que el padre muriera, el hijo había prometido incrementar la colección hasta convertirla en la más importante del país. Sin embargo, no pudo cumplir su palabra. Todo fue bien mientras duró su primer matrimonio, con la honorable y enfermiza Shohatsu-Tei, y aun durante los años de viudez. Pero desde el día en que conoció a Izu, nada volvió a ser igual.

Izu se presentó en la casa del señor Murakami cierta mañana a principios de diciembre. La noche anterior no había nevado y sin embargo se notaba en la atmósfera aquella sensación seca que lo invade todo cuando la nieve ha dejado de caer. Llegó acompañada de Etsuko, su fiel sirvienta.[5] Había concertado la cita con una semana de

antelación. El mismo señor Murakami contestó al teléfono. Al jueves siguiente a la llamada, unos días antes de la cita, contó a sus amigos que le había sorprendido agradablemente el timbre de voz de la mujer que había solicitado visitar la colección. Al verla, el señor Murakami se mostró más amable que de costumbre. Confesó después que había creído descubrir en ella rasgos de su esposa difunta cuando era joven. Izu llevaba puesto un kimono tradicional verde oscuro con un *obi* negro. Se trataba de uno de aquellos que se confeccionaron en los años de la represión.[6] No tenía dibujos ni relieves en el bordado. Era notable el trabajo artesanal que habían desarrollado las modistas en esos años, durante los cuales debían llevar su talento hasta el punto más elevado sin dar muestra evidente de ello. Dos pasos atrás se mantenía Etsuko, quien vestía un kimono prestado por su señora. El señor Murakami despidió a sus empleadas y mostró él mismo las piezas. Permitted sin embargo que permaneciera su sirvienta Shikibu. En voz baja le pidió que se mantuviera atenta para lo que se pudiese ofrecer. La vieja sirvienta saludó a Izu con recelo. Sin embargo le brindó el mismo trato cordial que siempre ofrecía a los invitados. Tardaron cerca de cuatro horas en terminar el recorrido. Los objetos estaban iluminados por pequeños mecheros alimentados por alcohol, colocados en lo alto de las paredes. Izu se preguntó cómo los encendían, pues los encargados de iluminar de aquel modo las casas y las calles de la ciudad habían desaparecido años antes. El señor Murakami en esa ocasión fue particularmente explícito al hablar de cada uno de los objetos de la colección. Luego convidó a su visitante a tomar el té. Alabó las virtudes de Shikibu para prepararlo. Si bien no haría gala de una ceremonia en regla, Shikibu había adecuado un método para tomar el té en menos de media hora. Llenaba de agua una olla de metal que colocaba sobre la hornilla de la cocina. Mientras el agua hervía, la vieja sirvienta elegía las tazas apropiadas para cada ocasión y colocaba en cada una bolsitas de papel que contenían hojas secas de la planta del té. Acto seguido, retiraba el agua del fuego y lo vertía en esas tazas, las cubría con el plato en el que más tarde las colocaría y esperaba unos cinco minutos. Después sacaba las bolsitas de papel del interior de las tazas. El último paso consistía en poner sobre una bandeja de cerámica esas tazas, un platito con rodajas de limón finamente cortadas y una azucarera con una cucharilla de plata que hacía juego con la bandeja. Mientras Izu declinaba la invitación con una sonrisa, guardó la libreta donde había hecho sus apuntes y se despidió con amabilidad. Dejó la casa seguida por Etsuko. En la reunión que sostuvo con sus amigos el jueves siguiente, el señor Murakami señaló que sólo en el momento de la despedida reparó en la presencia de la sirvienta.

En los días posteriores Izu estuvo atareada con los asuntos de la universidad. Sobre todo con la redacción de un ensayo sobre la visita que había realizado recientemente. Tenía la intención de destacar las relaciones entre el presente y el pasado que podían encontrarse en la colección. Sin embargo, encontraba ciertos desequilibrios en la selección que debía mencionar. Quizás esos errores sutiles eran los que hacían evidente la falta de formación académica del padre del señor Murakami. No le quedaba otro remedio que ser dura en la crítica contra los criterios empleados. Era intolerable, pensaba, que en ciertas épocas

se utilizaran las pautas dinásticas como método de selección de las piezas artísticas y en otras se pensara sólo en el carácter utilitario o militar de los objetos. Aquella muestra parecía el producto de un trabajo improvisado, sentenció, el capricho de alguien que de pronto se encuentra con la posibilidad de cumplir el menor de sus deseos.

El profesor al cual le presentó el trabajo quedó sorprendido. Se llamaba Matsuei Kenzō y tenía el cuerpo fornido, como si en sus ratos libres se dedicara a frecuentar los *shojibos* [7] de los alrededores o se ejercitara en aparatos gimnásticos. Algunas muchachas de la universidad estaban enamoradas del maestro y se matriculaban en sus cursos sólo para estar cerca de él. A pesar de ese asedio nunca se le conoció historia amorosa alguna. Esto lo hacía aún más respetable a los ojos de Izu, quien jamás habría aceptado tomar ningún curso con alguien que no mostrara una conducta intachable. Acudía aun cuando no soportaba la actitud de sus compañeras, quienes pasaban las horas de dictado murmurando y haciendo comentarios irrelevantes. El maestro Matsuei Kenzō calificó la crítica de Izu de veraz y arriesgada. Habló con su alumna para decirle que no eran usuales en el país esa clase de trabajos. Aquello era común en el extranjero, donde las opiniones estéticas o intelectuales no tenían necesariamente que ver con cuestiones personales. Era factible, prosiguió, que alguien criticase en los términos más duros a un amigo artista y que la amistad continuara como siempre. El maestro había quedado tan sorprendido con el ensayo que sugirió la posibilidad de verlo publicado en una revista de arte con la que tenía relación. Si estaba interesada en la propuesta, Izu debía presentar una versión condensada.

En esos días el frío hizo prever que el invierno que estaba a punto de comenzar sería bastante inhóspito. Izu acostumbraba a asistir a sus clases vestida a la usanza occidental. En aquella ocasión llevaba puesto un suéter de cachemira beige y una falda escocesa cerrada con un gran imperdible. Calzaba unos mocasines a los que se les podía colocar una moneda de adorno. Cuando salió al campus se puso un abrigo largo de lana de oveja. Estaba entusiasmada con el dictamen del maestro Matsuei Kenzō. Le ilusionaba sobremanera la posibilidad de que el artículo pudiera ser publicado. En la universidad había dos grupos que pugnaban por el poder. El de los Conservadores Radicales, liderado por la diminuta maestra Takagashi, y el de los Modernos a Ultranza, del que formaba parte el maestro Kenzō Matsuei. Los Conservadores Radicales habían detentado el poder desde la creación de la facultad, y en sus planteamientos buscaban defender el pasado atávico sin permitir la inclusión de ideas foráneas ni de métodos contemporáneos para administrar el acervo artístico del país. Antes de encontrarse con Etsuko, que todas las tardes iba a la universidad a recogerla, Izu se cruzó con dos compañeros de curso. Ambos eran delgados, de cabello algo largo y usaban gafas cuadradas. Estaban sorprendidos con una noticia que había aparecido esa mañana en la página cultural de los periódicos. La nota se refería a un hombre que había decidido vomitar sobre ciertas obras de arte célebres. Aquel sujeto comía piñas o frambuesas hasta hartarse. Acto seguido arrojaba sobre las obras un vómito amarillo o rojo según la fruta que hubiera ingerido. Lo

amparaban las leyes de los países donde había cometido el acto, pues no podía probarse que fuera intencional. Izu los escuchó de pie. Luego les dijo que tenía prisa.

Izu contaba con una sala en casa de sus padres donde se dedicaba al trabajo intelectual. Cuando se matriculó en la universidad, le acondicionaron una pequeña estancia que alguna vez había servido para la ceremonia del té. Daba a un jardín pequeño, que si bien era bastante refinado no se comparaba con el que Izu disfrutaría después de su boda. A veces Izu le pedía a Etsuko que trasladara su *futón* [8] al estudio y dormía allí en lugar de la sala principal de la casa donde descansaban todos los miembros de la familia. Del estudio se salía al jardín a través de unas puertas correderas que se regulaban de acuerdo con las condiciones del clima. En los días soleados y calurosos las puertas se abrían de par en par. Los libros, los cuadernos de apuntes y la máquina de escribir Olivetti eran entonces iluminados por una luz fulgurante. Por el jardín pasaba un riachuelo. Pero como el terreno era una pendiente resultaba imposible que sobrevivieran los peces que trató de criar. Debía contentarse con el rumor del agua corriente. Con el frescor que de cuando en cuando entraba por la ventana.

Dos días después del dictamen del maestro, Izu se dispuso a trabajar en la condensación necesaria para publicar el artículo en la revista. Estaba a punto de hacerse de noche. Un viento frío venía del sur, lo que impedía que se viera más allá de los límites del jardín. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Izu se había puesto un kimono grueso y unas medias de lana. Ese día no tenía previsto salir. Había regresado una hora antes de la universidad y su único deber, además del trabajo encomendado, era el de acostar a su padre. Las tres mujeres de la casa lo trasladaban por las noches del tatami [9] al *futón* donde dormía. Una vez acomodado, la madre dejaba junto a su cama una toallita para el tratamiento de la mañana siguiente. Izu antes de acostarse debía rezar las oraciones del monje Magetsu, del que su padre y toda su familia eran devotos. Según la leyenda, Magetsu [10] fue el iniciador del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que durante siglos se practicó furtivamente. Mientras rezaba, Izu daba un masaje en los pies al padre siguiendo los preceptos de la técnica *shiatsu* [11] que había leído en un manual.

En las mañanas Izu le aplicaba al padre otro tratamiento. El médico le había enseñado la manera de hacerlo. Cada sesión duraba un promedio de hora y media. Inmediatamente después de levantarse, se acercaba al lugar donde su padre dormía mirando fijamente sus párpados cerrados. Al mismo tiempo colocaba su mano derecha en la frente del enfermo. Después soplaba suavemente sobre su rostro. En aquel momento la madre, que dormía en un *futón* a pocos metros del lugar, solía despertar. Casi sin desperezarse se levantaba para ayudar a su hija. Era muy curioso verla a esas horas de la mañana con el largo cabello canoso despeinado. Debía sostener a su esposo por los brazos para que Izu comenzara a dar un masaje a la zona alrededor del cuello. Izu presionaba con el dedo índice de una mano mientras que con el mismo

dedo de la otra oprimía la clavícula. Se detenía en esa región casi una hora. Las dos mujeres ignoraban si aquellos masajes le eran o no agradables al padre. El paciente no parecía estar despierto mientras era sometido al tratamiento.

Sólo de cuando en cuando emitía unos sonidos cuyo significado ni la madre ni la hija lograron nunca desentrañar. Otras veces, el anciano despedía un interminable hilo de saliva que la madre limpiaba con la toallita que por las noches dejaba para ese fin junto a su *futón*. Concluido el proceso, las dos mujeres trasladaban al padre al tatami en el que pasaba el día.

Una semana después de que Izu visitase la colección de piezas tradicionales, se produjo la primera señal del señor Murakami. A las nueve de la mañana, cuando Izu ya había terminado de practicar el tratamiento al padre y estaba preparándose para ir a clases, el automóvil negro se estacionó frente a la verja. El chofer bajó, llamó a la puerta y depositó en los brazos de Etsuko un ramo de orquídeas negras. «Por aquel sonido que irradió vida a la colección», decía la nota que lo acompañaba. Al día siguiente Izu recibió una llamada de una de las empleadas de la muestra invitándola, de parte del señor Murakami, a un restaurante céntrico. No aceptó. Adujo un compromiso. Luego fue a su estudio y se acercó a las ventanas para mirar el jardín. A pesar del frío las entreabrió para respirar el aire helado. Pensó en el resumen que acababa de hacer de su ensayo. Por pudor había eliminado algunas de las críticas más contundentes. Sin cerrar las ventanas se dirigió a su escritorio. Revolviendo algunos papeles tomó asiento. Cinco minutos después empezó a teclear en la máquina. Estaba redactando nuevamente las críticas originales.

Durante los días siguientes los regalos continuaron llegando sin interrupción. De manos de Etsuko, Izu recibió perfumes, tallas artesanales que conmemoraban las distintas muertes del monje Magetsu, las flores más extrañas y catálogos de arte tradicional. Todos los objetos iban casi siempre acompañados de una tarjeta que aludía a su voz. El señor Murakami incluso llegó a compararla en uno de sus mensajes con la de la diosa Tamabe, que con sólo dos trinos consiguió que los cielos dieran origen a las semillas del arroz. Nunca nadie había reparado en la voz de Izu. Salvo en una ocasión, cuando uno de los ganadores del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras la obsequió con la cinta que había usado en la contienda. Dijo que lo hacía en prenda por los vítores angelicales que escuchó durante la lucha. El jugador aseguró que aquello le había hecho ganar. Tras mandar durante algunas semanas los presentes, el señor Murakami envió una pulsera de oro. Izu la recibió desconcertada. No quiso que la viera su madre y se encerró en el cuarto de baño. Cuando estuvo sola se probó la joya y pasó cerca de media hora contemplando cómo lucía en su antebrazo. Izu tenía la piel un tanto tostada y sus brazos mostraban el aspecto propio de las mujeres de Ochún.[12] El tono de piel y la peculiaridad de su figura delataban el cruce de procedencias que había en su sangre. Mientras que su padre era oriundo de un pueblo guerrero

del centro del país, su madre provenía de las pequeñas islas del archipiélago. Desde niña el físico de Izu había llamado la atención. Fue toda su vida consciente de ello, pero nunca le gustó demasiado que apreciaran solamente su apariencia. Siempre trató de demostrar que lo realmente importante era su determinación para enfrentar las situaciones que se presentaban.

Una vez que hubo observado lo suficiente la pulsera en el brazo, le ordenó a Etsuko que el siguiente fin de semana fuera a devolver la joya. La empaquetó con cuidado para que no se notara que la había abierto. Etsuko obedeció y el sábado caminó sola con destino a casa del señor Murakami. Izu se esmeró en que fuese bien presentada. La vistió con un kimono de galas menores. Etsuko se fue alejando poco a poco de la casa con el paquete en las manos. Tardó varias horas en regresar. Izu la esperó ansiosa. Quería saber cómo había reaccionado el señor Murakami ante su rechazo. Ante la tardanza pensó por un momento en un accidente. Cuando Etsuko por fin volvió, la notó más pálida que de costumbre. Al preguntarle por su demora, Etsuko contestó que el señor Murakami no estaba en su casa. Había tenido que esperar varias horas en el vestíbulo. Cuando Izu quiso seguir indagando, Etsuko se retiró sin decir una sola palabra más.

El artículo fue publicado en enero. Resultó sorprendente la rapidez con la que apareció, teniendo en cuenta que la autora era desconocida. Pocos días más tarde dejaron de llegar los regalos a la casa. Izu esperó una semana para llamar al señor Murakami. Quería disculparse por haber rechazado la joya y agradecer las atenciones. Le contestó la misma empleada que la había llamado para transmitirle la invitación a cenar. Dijo que no había nadie en casa, pero que en cuanto llegara su señor ella misma se encargaría de transmitirle el recado. El señor Murakami no devolvió la llamada. Izu volvió a hablar por teléfono la semana siguiente. Nuevamente habló con la misma empleada, quien otra vez le aseguró a Izu que su señor no estaba en casa. En aquella segunda ocasión, el señor Murakami tampoco llamó.

Al día siguiente, después de clases en la universidad, Izu se presentó en el gabinete del maestro Matsuei Kenzō. Quería saber qué consecuencias había tenido la publicación del artículo. El maestro le contestó que acababa de hablar con el director de la revista de arte donde apareció su ensayo. Por lo visto hasta ese momento no había sucedido nada. Era extraño, porque habitualmente los afectados por alguna crítica pagaban avisos en los diarios para desmentir las opiniones vertidas. El maestro Matsuei Kenzō dijo también que el director estaba muy contento con la crítica. «Al fin alguien se ha atrevido a desenmascarar a un falso coleccionista amparado por criterios obsoletos», fueron sus palabras. Izu en ese instante pensó que nunca había querido desenmascarar a nadie, pero le agradaba que el director estuviera satisfecho. Antes de irse le preguntó al maestro Matsuei Kenzō de qué manera podía cobrar sus honorarios.

El director de la revista se llamaba Mizoguchi Aori. A instancias del maestro Matsuei Kenzō, Izu fue a verlo la semana siguiente. Llevaba un abrigo con botones forrados. Febrero estaba empezando y aquella tarde había sentido tanto frío que tenía puestos unos guantes oscuros. Para evitar la luz del sol de invierno decidió colocarse unos anteojos de vidrios ahumados. Se los había quitado al entrar. Los llevaba encima de su peinado. Las oficinas de la revista estaban situadas en un espacio agradable. Se habían decorado con muebles de líneas precisas cubiertos con placas de formica.[13] En la entrada había dos lámparas de pie con luces graduables y un par de palmeras enanas. De las paredes colgaban reproducciones de pinturas tradicionales y de arte moderno. El director vestía de negro. Era un hombre de unos treinta y tantos años que estaba comenzando a perder cabello. Lo acompañaba un perro danés, que se mantuvo todo el tiempo echado en la alfombra de un rincón de su despacho. En las paredes de esa sección sólo había reproducciones de Francis Bacon.[14] El director Mizoguchi Aori recibió a Izu personalmente. Después de saludarla le dijo que su artículo era muy valiente. También comentó que era tal el silencio que había seguido a la publicación que estaban desconcertados. Mizoguchi Aori sólo sabía que el jueves anterior, en la reunión semanal con sus amigos, el señor Murakami había sido víctima de burlas sutiles. Durante toda la cena el señor Murakami había estado muy serio. No adoptó ni lejanamente la complaciente actitud que había tomado con esos mismos amigos cuando criticaron la compra del coche y sus tratos con las tropas de ocupación.

Izu comenzó a sentir remordimiento por su conducta. Algo le hacía sospechar que había actuado de manera apresurada. En realidad la idea inicial no le pertenecía, pensaba. Fue el maestro Matsuei Kenzō quien le asignó la tarea de hacer un trabajo sobre la colección Murakami. En las clases anteriores al encargo se había hablado del peligro que suponían los coleccionistas improvisados. Eran los que se atrevían sin fundamento a dar las pautas al mundo del arte, sostuvo el maestro. Mientras Izu, sentada en su estudio, intentaba concentrarse en una monografía que debía entregar al día siguiente, trató de descubrir las verdaderas causas que la habían llevado a escribir sus impresiones sobre la muestra. Tecleaba con furia en su máquina Olivetti. El señor Murakami tenía un aspecto compacto, de piernas y brazos cortos. Era calvo, su cabeza era una circunferencia casi perfecta. De las orejas un tanto puntiagudas sobresalían algunos vellos que seguramente la mañana en que se conocieron había olvidado cortar. Por un momento el señor Murakami le pareció la triste cúspide a lo que en ese momento podía aspirar como mujer. El tiempo se le estaba yendo demasiado aprisa. Le parecía que apenas ayer asistía con su padre a ver el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba cada sábado en el sótano del negocio familiar. En ese instante sintió que no había vivido lo suficiente. De pronto tenía veinticinco años y, sin haberlo pretendido, un pasado motivo de cierta vergüenza.

Cuando Akira, su primer pretendiente, murió, Izu se preparaba para ingresar a la universidad. Debido a la enfermedad del padre había retrasado la fecha de inicio de sus estudios superiores. Cuando se

decidió a presentar su examen de admisión, muchos de sus compañeros de escuela eran ya profesionales. Los novios convinieron en que Izu estudiaría durante los primeros años de matrimonio. Los padres de Akira se opusieron de manera rotunda a ese acuerdo. No querían que su hijo se casara con una intelectual. Nunca la vieron con buenos ojos. Ni siquiera en los funerales del hijo le asignaron un lugar a la altura de su rango. Se sentó con los parientes lejanos de la familia. Tampoco le correspondió ninguno de los huesos que quedaron después de la incineración. La tarde que Akira murió, Izu regresaba de la casa del maestro Mitsubishi, quien impartía clases particulares necesarias para las pruebas de ingreso. Su madre la esperaba frente a la puerta. Al verla llegar se abalanzó a recibirla. Izu sospechó que tal vez le había sucedido algo a su padre. En ese entonces su enfermedad comenzaba a ser realmente grave. Si bien es cierto que todavía no estaba postrado sobre el tatami la jornada entera, ya mostraba dificultades para desplazarse por la casa, «Deterioro progresivo del sistema linfático», había sido el dictamen del médico. Un proceso que acabaría matando al enfermo cuando los síntomas se manifestaran en las vías respiratorias. Cuando Izu preguntó qué ocurría, su madre se echó a llorar tapándose la cara con las manos. «Tu novio tiene mal de rabia. Parece que no hay esperanza», dijo y entró con rapidez. A Izu la noticia la dejó desconcertada. Cuando reaccionó salió corriendo a la casa de Akira. Vio algunos coches estacionados a la puerta. Llevaba consigo los cuadernos donde había estado apuntando las enseñanzas del maestro Mitsubishi. No había podido ver a Akira durante la última semana. Sus estudios la mantenían ocupada. Había llamado a su novio dos veces, pero la familia le había negado la comunicación. Le dijeron que estaba ligeramente enfermo y no podía levantarse a contestar el teléfono. Cuando Izu iba a entrar en la casa, salió un médico acompañado de dos enfermeros. Una mujer de pie junto a la puerta le informó que las visitas no tenían permitido traspasar el vestíbulo. La mujer se había hecho un extraño peinado y llevaba un suéter de color rosa. Izu creyó reconocerla. Meses después recordaría que era la tía de Akira. Supuso entonces que aquel peinado se lo había hecho antes de enterarse del trance final de su sobrino. La mujer le dijo que el médico había ordenado una desinfección a fondo antes de retirar el cadáver. Izu sintió un intenso calor en la espalda. No habló una palabra en el funeral. Durante todo el tiempo que duraron las exequias, Izu únicamente pudo pensar en que debía regresar a su casa para preparar el examen de ingreso. Si lo superaba, sus padres habían prometido convertir la sala destinada a la ceremonia del té en un estudio en el que se pudiera dedicar con disciplina a su tarea intelectual. También trató de recordar las enseñanzas que en esos días le había impartido el maestro Mitsubishi. A la salida, Etsuko la aguardaba en la puerta del templo.

Izu conoció a su segundo pretendiente cuando estaba en el tercer semestre de la carrera. La familia de Tutzío había hablado con sus padres. Estaban preocupados por la soltería del hijo menor. Sus hermanos vivían en Estados Unidos. El mismo Tutzío había residido un tiempo allí. Tenía aficiones poéticas y, alentado por un grupo de amigos literatos, había viajado a México para experimentar ciertas situaciones que la familia no supo explicar con exactitud. Los hermanos lo habían

mandado de regreso a casa de los padres, advirtiéndoles que no lo recibirían nuevamente si no era con una esposa y la intención de instalar un negocio. A los padres de Izu únicamente les dijeron que buscaban arreglar un compromiso para su hijo. A Izu no le desagradó aquel muchacho. Siempre había sentido atracción por los hombres de su país que conocían Occidente y lograban poner en práctica lo mejor de las dos culturas. Sin embargo, a los pocos días de conocerlo comenzó a parecerle algo inusual su conducta. Le dio la impresión de que Tutzío se aburría cuando estaban juntos. Lo único que su prometido hacía cuando la visitaba en su estudio era llamar constantemente a casa de sus padres para decirles que estaba con Izu. Además le hablaba de Dazai Ozamu, a quien consideraba el único escritor verdadero del siglo. Izu se apresuró a comprar sus libros y los leyó furtivamente. Le parecieron historias tristes. En alguna ocasión expresó su punto de vista. Tutzío ni siquiera le contestó. Tampoco decía nada cuando ella hacía un recuento de la verdadera historia del arte del país, tal como la habían estructurado algunos maestros de su universidad y no los historiadores oficialistas. Pasaban juntos todas las tardes. Al anochecer desaparecía, no sin antes introducir a Izu en los matorrales que había a un lado de la verja de entrada. Allí acariciaba su cuerpo con atrevimiento. Cuando pocas semanas antes de la boda Tutzío le anunció que iba a San Francisco a preparar una vida futura para ambos, Izu presintió que no lo volvería a ver. Antes de irse le hizo un regalo simbólico. Le ofreció una cajita con su ombligo de bebé.[15] Aseguró además que compraría un *otsu* [16]de tierra para que los sepultaran juntos. Tras la partida de Tutzío, su madre empezó a visitar a Izu todas las tardes. Parecía que con aquellas horas buscara suplantar la presencia de su hijo. Un año después, la madre de Izu tuvo que pedirle que no volviera más. Lo solicitó con delicadeza, diciéndole que su hija necesitaba ese tiempo para dedicarlo al estudio.

La esperada llamada del señor Murakami no llegó en los días siguientes. Como de costumbre, Izu dedicó sus jornadas al estudio y al cuidado de su padre. La familia era dueña de unos almacenes en el centro de la ciudad. Unos años antes el padre había sido uno de los administradores. Después fueron sus hermanos quienes se ocuparon del negocio. Todos los meses depositaban en el banco la parte que le correspondía de las ganancias. A pesar de haber gastado mucho dinero en médicos y medicinas, no se notaban en el hogar síntomas de carestía. Parece ser que el padre de Izu había sido lo suficientemente precavido como para poder afrontar sin angustias cualquier imprevisto. Pese a la seguridad económica, a Izu le habría gustado tener un trabajo fuera de casa. Sus clases eran por lo general en las mañanas. Le quedaba la tarde libre. Buscaba un empleo porque sentía que el ámbito universitario comenzaba a resultar estrecho para sus intereses. Desde la infancia, había deseado participar de una vida pública. Siempre había intentado demostrar que estaba preparada para enfrentarla. Ya a los once años había escrito un tratado sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras para demostrar que contaba con los recursos intelectuales necesarios. Era también la más hábil de sus compañeros

para llegar antes que ninguno a la casa de la bruja Higaona. Sin embargo, pese a tener el propósito de trabajar nunca hizo nada concreto para llevarlo a cabo.

A mediados de febrero, al terminar las clases de crítica de arte, Izu fue requerida por el maestro Matsuei Kenzó. Cada vez que la llamaba, las demás alumnas se arremolinaban a su alrededor.

A Izu le avergonzaba semejante comportamiento; sobre todo por el temor de que el maestro pudiera pensar que Izu era igual a ellas. En aquella ocasión el maestro Matsuei Kenzó vestía un traje de tres piezas, gris con rayas casi imperceptibles. Su camisa era de una blancura impecable. El maestro Matsuei Kenzó tenía el encargo de entregarle una invitación de Mizoguchi Aori.

Izu estaba convocada para la fiesta de aniversario de la revista, que se llevaría a cabo dos meses después. Estaba programada para la última noche del invierno. Primero habría un cóctel en las instalaciones y luego una cena en un restaurante situado en el centro antiguo de la ciudad, frente a la explanada donde se presentaban las Mujeres Cerezo. El restaurante lo frecuentaban personajes del ambiente artístico e intelectual. Se cuenta una anécdota bastante triste del día en que lo visitó el ganador del Premio Nobel. En ese entonces era ya un anciano disminuido con el cuerpo enjuto. Fue tal el agarrotamiento que sintió en los pies antes de cenar que resultó imposible quitarle los zapatos para entrar al privado. Los miembros del servicio, diligentes y nerviosos, adecuaron unos tapetes en el lugar que ocuparía para que pudiera comer con los zapatos puestos. Eso ocurrió pocos días antes de que abriera la llave del gas de su casa y se suicidara.

Dos días más tarde, a Izu la llamaron de la revista para confirmar su asistencia. Los festejos terminarían tarde. Tenía que decirle a su madre que esa noche no la esperara despierta. Había planeado salir de su casa después de trasladar al padre del tatami al *futón*, y proponerle a la madre que en aquella ocasión fuera Etsuko quien rezara las oraciones del monje Magetsu y le practicara los masajes de *shiatsu*. La secretaria de Mizoguchi Aori le informó que habría servicio de taxi pagado por la revista. Después de colgar Izu se sintió satisfecha no sólo por haber sido invitada sino, sobre todo, por la llamada de confirmación. Pensó de inmediato en la ropa que debía ponerse. Justamente ese día Etsuko lo había dedicado a envolver algunos de los kimonos que se usaban durante la primera parte del invierno. Usó papeles de seda para guardarlos. Dentro puso algunas bolitas de naftalina. De acuerdo con la tradición, esos kimonos no podían seguir usándose después de esas fechas. No importaba que el frío continuase, ni que fuese incluso más intenso que en enero. En esa época era obligado usar los de tela un tanto más ligera. Sabía que no podía pedirle a Etsuko que desenvolviera ninguno, y menos para ponérselo dos meses después, que era cuando se llevaría a cabo la celebración. Concluyó que lo más adecuado sería llevar un vestido negro con escote y, como único adorno, un collar de perlas cultivadas. Pensó que ese vestido negro hacía juego con la

pulsera que le había mandado el señor Murakami. Luciría un abrigo de piel de *kohatsu*. [17] Probablemente sería presentada como la autora del texto sobre la colección Murakami. Estaba segura que aceptar esa invitación significaba un paso importante en su carrera. Se le ocurrió que ir vestida a la moda occidental acrecentaría el impacto de su artículo. Debía demostrar con sus modales y su atuendo que no compartía el criterio artístico del grupo de Conservadores Radicales, quienes, pese a su celo y cultura, nunca encontraron irregularidades en la muestra que Izu había analizado.

Cuando comenzaba a anochecer, Izu se acercó a su madre, quien se encontraba en la estancia principal leyendo en voz alta el periódico, una costumbre que había desarrollado al mismo tiempo que la enfermedad de su marido avanzaba. Al principio lo hacía convencida de que el enfermo seguía su discurso, pero ya le era imposible saber si escuchaba. A veces, mientras su mujer leía, el padre destilaba un hilo de saliva por las comisuras. Según Izu, aquello era señal de que estaba pendiente de la lectura. Pese a todo, cada vez eran menos las ocasiones en que aquel hilo se hacía visible. Izu le dijo que quería hablarle antes de acostar al padre. Le pidió hacerlo en privado. La madre se levantó y dejó el periódico al costado del tatami. Juntas fueron al estudio. Sin decirse nada se acercaron a la ventana. El canto de los pájaros de invierno había cesado. Pese a que una sombra negra inundaba los rincones del jardín, aún había rezagos de luz. La madre dijo que ya era tiempo de encender las lámparas que colgaban de los árboles. No importaba que el frío fuera persistente. Esas luces no se encendían en la época más cruda del año. En ese periodo se debía respetar la sensación de que se estaba aislado del mundo. Aparte de ser una costumbre ancestral, que sobre todo las gentes de las islas cultivaban desde siempre, para la madre era agradable hacerse a la idea de que aquellos meses tenían una utilidad práctica. La de reflexionar desde el encierro sobre los sucesos que habían ocurrido el resto del año. Cuando la madre volvió a mencionar el calendario para hacer hincapié en que se debían encender ya las luces y reanudar la vida social, Izu aprovechó para hablar de la invitación al aniversario de la revista. Aquella sería la primera vez que saldría sola de noche. Era difícil explicarle a la madre que primero iría a un cóctel, después a una cena y que regresaría de madrugada. Tenía que sugerirlo de una forma delicada. Podía provocar el llanto de la madre. Izu comprendía que para ella esa salida podía significar el fin de una etapa. Si su hija salía sola de casa, jamás volvería a ser cortejada como lo exigía la tradición.

Previendo una posible reacción desagradable, Izu prefirió comenzar mencionando el artículo de la revista. Continuaban frente a la ventana, pero se habían sentado en unos cojines azules. Le contó también las metas que se había trazado en la vida. Le aseguró que no le importaba haber dejado a un lado los asuntos sentimentales, si esa decisión le permitía dedicarse a ser una crítica destacada. Quizás a su padre no habría tenido que decirle tantas cosas. Desde pequeña se había encargado de mostrarle sus méritos y estaba segura de haberlo conseguido. Aquella era una de las razones por las que pensaba que en cierta medida había escapado a la educación que recibieron sus

compañeras. Sin embargo, siempre supo que con su madre las cosas eran diferentes. Veía el mundo como un lugar demasiado reducido. No quería alarmarla. Debía ser cuidadosa. La madre estaba enterada de que su hija había publicado un artículo, pero ignoraba los detalles y las consecuencias que eso supondría. Izu le explicó algunos pormenores de la verdadera naturaleza de su crítica. A la madre le preocupó que su hija pudiese haber causado algún daño. Izu la tranquilizó diciéndole que precisamente para que no hubiese una interpretación incorrecta debía ir a las celebraciones de aniversario.

Inexplicablemente, el 3 de marzo fue un día soleado. Amaneció con esa luz intensa que sólo es posible apreciar durante determinados mediodías. A Izu le agradó aquella atmósfera. A pesar de que sabía que el frío era intenso, el amanecer le dio la esperanza de que pronto el clima iba a cambiar. Salió a sus clases después de practicarle los ejercicios al padre. Desde la muerte de Akira y de que a Izu le adecuaban el estudio, el padre había empeorado notablemente. Por eso nunca le fue posible matricularse en los primeros cursos del día. Se había atrasado en unas cuantas materias, lo que demoraría su graduación quizás un año más. Ese rezago era otra de las razones por las que empezaba a desilusionarse de la vida académica. En un comienzo creyó que en esa universidad le iban a enseñar todo lo necesario para convertirse en una profesional competente. Sin embargo, con el paso del tiempo descubrió que sólo le darían ciertos principios. Después de cuatro años y medio de asistir a clases, de nueve semestres esperando recibir la educación artística necesaria de sus maestros universitarios, Izu había comprendido que mientras la organización del programa y del método de aprendizaje siguiera en manos del Grupo de Conservadores Radicales no lograría cubrir las lagunas que le impedían, a ella y a sus compañeros, entender la verdadera esencia del arte moderno. Si quería saber algo más, algo que parecía vedado al resto de estudiantes, debía buscarlo en otra parte. Tenía la sensación de que ya comenzaba a encontrarlo. La incipiente relación con el maestro Matsuei Kenzō y con Mizoguchi Aori era un avance importante. Estaba convencida de que con ellos aprendería todo lo que no le enseñaban en sus cursos regulares. Precisamente aquella mañana ambos la vieron pasar frente a la ventana del gabinete del maestro Matsuei Kenzō donde se encontraban trabajando. El maestro Matsuei Kenzō ocupaba una oficina mínima que sólo contaba con un escritorio, dos sillas y un pequeño *futón*. El maestro llegaba temprano por la mañana y solía quedarse hasta las nueve de la noche. Estaba trabajando en un libro de carácter didáctico sobre la historia del arte nacional, dirigido a los estudiantes de los últimos años de bachillerato. De cuando en cuando lo visitaba Mizoguchi Aori, que acostumbraba a quedarse un par de horas. Los dos hombres vieron a Izu cuando se dirigía a su curso de apreciación artística. En ese momento Izu miró hacia el edificio de profesores. El maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori le hicieron un gesto con la mano. Izu se avergonzó. Siguió caminando. Aún faltaban unos minutos para el comienzo de la clase. Izu llegó al aula y tomó asiento en el primer pupitre del lado izquierdo. En

aquella ocasión llevaba un suéter muy grueso de cuello alto. Era de lana jaspeada y le llegaba hasta las orejas. El cabello suelto le caía sobre la cara cubriéndole ligeramente un ojo. De pronto el maestro Matsuei Kenzó y Mizoguchi Aori entraron al aula causando cierto asombro entre los estudiantes, quienes esperaban a la diminuta maestra Takagashi. Mizoguchi Aori fue el primero en acercarse a Izu. Le dijo que deseaban tomar un café con ella ese mismo día. El maestro Matsuei Kenzó se mantuvo unos pasos atrás. No dijo nada. A Izu le agradó el contraste entre esos hombres y los estudiantes. Como la primera vez que lo vio, Mizoguchi Aori vestía de negro. Sus zapatos eran de gamuza. Aparte de la elegancia encontró algo irónico en ellos. Lo notó observando la forma en que hablaban, su manera de sonreír. Advirtió además que el maestro Matsuei Kenzó no era el mismo cuando estaba al lado del director de la revista. Izu creyó entender que querían ofrecerle una estrategia para las preguntas con relación a su artículo que pudieran hacerle durante la fiesta de aniversario. A Izu le molestó que sus compañeros escucharan la conversación. Le desagradó especialmente la actitud de las muchachas, quienes de inmediato empezaron a cuchichear como siempre. Antes de salir del aula, el maestro Matsuei Kenzó dijo repentinamente que no podría ir a tomar café con ellos. Señaló que acababa de recordar una cita programada para esa misma hora. Mizoguchi Aori pareció molestarse. Dio media vuelta y salió del aula. Un momento después la maestra Takagashi entró en la sala. Le sorprendió la presencia del maestro Matsuei Kenzó. Ambos habían sostenido más de una polémica en el ámbito académico. Tenían criterios divergentes. Pertenecían a diferentes líneas políticas que entrarían en contienda en las casi inmediatas elecciones universitarias. Pese a todo, se saludaron con cortesía. La maestra Takagashi esperó a que saliera para dirigirse a sus alumnos. Uno de ellos le recibió el *fuguya* [18] que siempre llevaba consigo. Sentada en su pupitre, Izu no supo si la invitación seguía en pie. Súbitamente el maestro Matsuei Kenzó regresó y, tras disculparse con la maestra Takagashi, se dirigió a Izu para decirle que la esperarían tal como estaba acordado. «El director Mizoguchi Aori estará en el comedor universitario a las dos», dijo antes de volver a pedir disculpas a la contrariada maestra Takagashi por la interrupción y retirarse.

D

urante sus años de casada, la señora Murakami acostumbraba a esperar a su marido despierta hasta altas horas de la noche. Desde el final de aquella tarde lo tenía todo preparado para su llegada. Había arreglado con Shikibu los detalles de la cena. El señor Murakami era muy afecto al *somobono* [19]tal como lo preparaban en su familia desde que la anguila era un artículo de consumo no restringido. Pero pese a todos los esfuerzos, era infrecuente la ocasión en que el señor Murakami cenaba en casa. A veces no aparecía en varios días. De nada le servía a la señora Murakami vestirse especialmente para agrandar a su marido. Casi siempre usaba batas de colores iridiscentes que el mismo señor Murakami le llevaba a casa. El marido nunca reveló la procedencia de aquellas ropas y las ausencias nunca la llevaron a sospechar una infidelidad. El secreto parecía ser el bungalow que el señor Murakami se había hecho construir cerca del monte principal. Nunca se lo confesó abiertamente, pero la señora Murakami sabía que esa pequeña construcción era un viejo sueño que su marido no había podido cumplir mientras estuvo casado con su primera mujer, la honorable y enfermiza Shohatsu-Tei. Sabía también que finalmente había sido levantado según un diseño traído de Europa muchos años antes. Era curioso que, pese a las circunstancias del matrimonio, la señora Murakami aguardase con impaciencia el regreso de su marido cada noche.

El *somobono* que preparaba la vieja sirvienta casi siempre se echaba a perder. Ya antes de comenzar a prepararlo sabía que probablemente no sería comido, por lo que no usaba los ingredientes correctos. Le parecía absurdo recorrer los mercados del centro en busca de la gelatina dulce para preparar un plato que nadie probaría. Hacía falsos *somobonos*, como los que aparecen en las vitrinas de algunos restaurantes. A pesar de sus años, Shikibu se mostraba vigorosa. Sólo en su rostro se descubría la huella de los años. A veces espolvoreaba su cara hasta dejarla de un blanco opaco, en las primeras horas del día, antes de salir a realizar las compras a un mercado cercano. A lo largo de la jornada el maquillaje se iba deshaciendo y muchas veces caían partículas en los platillos que preparaba.

Además del *somobono* de anguila, otro de los platos preferidos del señor Murakami eran los rollos de algas con arroz, una receta sencilla que daba mucho de qué hablar entre la servidumbre. Se sabía que tenían como fin mantener el vigor sexual. En las casas donde el jefe de familia era algo mayor, el servicio redoblaba sus esfuerzos para encontrar

algas realmente concentradas. Shikibu las tostaba hasta dejarlas crujientes. Luego las cocía con el arroz. Los *sudares* [20] donde se asaban siempre eran de metal. Su madre le había enseñado a usarlos. Antes había habido uno en la casa, también importado, pero no de metal sino de bambú. El paquete en el que llegó incluía las instrucciones de uso escritas con extraños caracteres, que el padre del señor Murakami logró descifrar después de muchos esfuerzos. A veces los rollitos eran acompañados de *tutsomoro* [21] o de *jiru-matsubae*. [22] Esa forma de preparar los alimentos había sido continuada por la familia durante generaciones. Shikibu la había aprendido en la infancia. En esa época el padre del señor Murakami aún mantenía relaciones con Japón. Más de una vez la vieja sirvienta habló con la señora Murakami sobre sus recuerdos de esos tiempos. En aquel entonces algunos miembros de la familia hacían largos viajes a las islas. Shikibu no las había vuelto a oír nombrar desde que se difundiera la noticia de un país en ruinas.

El señor Murakami casi nunca varió la cantidad de rollitos que consumía. Ni siquiera dejó la costumbre en el periodo de residencia en el extranjero. Tampoco cuando regresó y se casó con la honorable y enfermiza Sohatsu-Tei. Durante su viaje por Europa obtuvo el domicilio de un recóndito restaurante donde una mujer corpulenta preparaba los rollitos. Más de una vez los comió acompañados de carne de cerdo en lugar de *jiru-matsubae*. Al señor Murakami no le importaba desplazarse largas distancias entre su alojamiento y el pequeño restaurante. Efectuaba el trayecto varias veces a la semana. Sobre todo por las tardes. En el camino de ida pasaba frente a la fuente de la Kinderschwarzplatz y el Jardín Zoológico, sus lugares de paseo preferidos.

Un año antes de la boda, la madre de Izu la despertó una mañana más fría de lo habitual. Estaban a finales del invierno. Señaló alarmada que el riachuelo del jardín tenía una gruesa placa de hielo. Había oído por la radio que las actividades en la ciudad estaban suspendidas. Pocos días antes la madre le había comunicado a Izu que pensaba encender las luces de los árboles como símbolo de que la familia se reintegraba a una vida normal, y ya las semanas previas Etsuko había guardado, envueltos en bolitas de naftalina, los kimonos de la primera parte del invierno. Esa mañana la madre se mostró temerosa de que semejante clima fuera a durar varios meses. Mencionó otro invierno que se había prolongado un año entero. Era un mal presagio. En aquel periodo el padre de Izu fue acusado de responsabilidad penal por la muerte violenta de dos empleados del almacén. Se le acusó también de organizar en la clandestinidad los juegos de tres piedras blancas contra tres piedras negras. Lograron librarse de una serie de comparecencias y trámites sólo cuando los rayos del sol calentaron nuevamente la casa. El padre estuvo preso unas cuantas semanas. Poco tiempo después de su absolución, por la cual tuvo que pagar importantes sumas a los deudos de las víctimas, comenzaron los primeros síntomas de la enfermedad.

Cuando aquella mañana la despertó su madre, Izu no supo por qué había imaginado al señor Murakami levantándose de la cama con aquel

frío. Lo vio dirigiéndose en pijama a la parte de la casa donde tenía instalada su colección. Querría seguramente verla a la luz de una atmósfera helada. Recorrería las piezas teniendo como fondo la escarcha adherida a las ventanas.

Unos minutos después avisó a Etsuko de que esa mañana no podría darle el tratamiento acostumbrado a su padre. Le pidió que se hiciera cargo con su madre. También que no olvidara retirar la toallita junto al *futón*. Cuando Etsuko la miró extrañada, Izu le dijo que a pesar del frío quería salir de inmediato a la calle. Iría a casa del señor Murakami. Etsuko le pidió que no fuera y menos en una mañana como aquella. Sin prestarle atención, Izu le ordenó que sacara uno de los kimonos de la primera etapa del invierno. Etsuko se quedó inmóvil. No miraba a Izu sino a sus propios pies, enfundados en medias blancas de lana. Izu tuvo que repetir la orden.

—Desenvuelve el kimono ámbar, no hay tiempo que perder. Sé que deberíamos esperar la llegada del próximo invierno para desempaquetarlo, pero ahora eso no importa.

Prosiguió:

—No vayas a decir nada de mi salida. Di que estoy encerrada terminando un trabajo urgente.

Le habría gustado pedirle a Etsuko que la acompañara, pero el médico había sido terminante al afirmar que un solo día sin ejercicios podía ser fatal para el enfermo. Mientras la miraba dirigirse al guardarropa, cambió de parecer y le pidió el kimono que había usado en su primera visita a la colección. Abrigaba menos, pero recordó la agradable impresión que aquel traje había causado en el señor Murakami. Pidió también que le alcanzara el abrigo de piel de zorro.

Aquella mañana el tránsito era intenso. Resultaba poco visible el cese de actividades anunciado por la radio. Hubo muchos automóviles atascados a causa de la nieve y más de uno tuvo una colisión tras deslizarse por el hielo. Los camiones anaranjados del municipio no podían dejar las calles en buenas condiciones. Algunos vecinos retiraban por su cuenta la nieve acumulada en las puertas. Para los niños todo aquello constituía una gran diversión. Ese día estaban cerradas las escuelas y algunos construían muñecos en la entrada de las casas. En su camino, Izu pudo descubrir las efigies del niño salvaje Kintaro,[23] y la del fiero y temido Tatsumaki.[24] A pesar de que habitualmente las niñas tenían prohibido salir a elaborar los muñecos, el padre de Izu se lo había permitido. Su preferido era Ketsamono, el duende que perdió los brazos practicando el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras en el paraíso. Algunos padres de familia parecían no haber escuchado a tiempo el aviso de la suspensión de actividades y habían llevado a sus hijos al colegio, los habían dejado allí, desconcertados frente a las puertas cerradas. Para que en la casa no la echaran de menos, antes de salir Izu le pidió a Etsuko que después

de los ejercicios y del desayuno sacara el juego de *go* [25] y organizara una partida con la madre.

Izu se extravió en dos ocasiones. Tomó una avenida principal pensando que la casa del señor Murakami se encontraba en la esquina siguiente. En su lugar halló un edificio moderno. La planta baja la ocupaba un negocio de comida preparada. Había una gran barra con la gente comiendo de pie. En las vitrinas que daban a la calle se exhibían los *sushi*, *ramen* y *mategeshin* [26] de cera. Consideró apetecibles algunos de esos platos. Pensó en la importancia de las apariencias. Lo razonó de un modo simple, no como creía que era necesario tras los cursos de estética a los que había asistido en la universidad y de su nueva relación con el maestro Matsuei Kenzō y con Mizoguchi Aori. Caminó hasta un parque donde las hojas de los árboles goteaban al descongelarse.

Cuando al fin llegó a casa del señor Murakami, Izu pareció arrepentirse de haber emprendido aquella travesía matinal. Durante la caminata había ido aminorando la importancia de su visita. Al advertir que, a pesar de las condiciones atmosféricas, una anciana conducía una bicicleta por la ciclovía que cruzaba el parque, sintió una calma que la hizo sentirse más abrigada. Al llegar a la acera frente a la casa no supo qué hacer. El automóvil negro se encontraba estacionado en la puerta. El chofer lo acababa de limpiar, pues el pavimento alrededor del vehículo estaba libre de rastros de nieve o hielo. El señor Murakami debía de encontrarse aún en la casa. Izu se detuvo en la acera de enfrente. Le llamó la atención que en la planta baja hubiese una luz encendida; aquella mañana se había imaginado al señor Murakami recorriendo casi a oscuras la colección, le había visto observar el contraste de las piezas con el gélido resplandor del amanecer. La luz que Izu miraba salía de la sala de exposición. Las demás ventanas estaban con los visillos corridos. Izu observó largo rato la ventana descubierta y se dio cuenta de que la luz provenía de una bombilla. Era extraño. Aquella muestra debía estar iluminada sólo por pequeños mecheros alimentados con alcohol.

Pero había una bombilla encendida. Sólo después de unos momentos Izu reparó en la presencia de unos hombres detrás de la ventana. Reconoció la silueta del señor Murakami, su calva perfecta. De pronto su visión se vio obstaculizada por un camión de carga que se estacionó tras el automóvil negro. Izu aguardó unos momentos sin lograr ver nada más que ese camión. Decidió irse. La mañana no daba trazas de mejorar y un frío aún más intenso había comenzado a soplar del sur. Sentirlo la hizo reparar en que no había desayunado. Ni siquiera quiso aceptar el cuenco de té que Etsuko le ofreció mientras se preparaba para salir. Pasó nuevamente frente al negocio que exhibía las figuras de cera. Recordó que en el invierno que había durado un año entero fue preciso adoptar medidas de urgencia. Algunas familias instalaron energía eléctrica para mejorar la calefacción. Izu pensó en Tanizaki Junichiro, quien en *El elogio de la sombra* afirma que tales instalaciones pueden llevar a la desaparición del espíritu propio de las casas orientales. Aquel año los asuntos judiciales habían atormentado a sus padres. Izu conocía

a los empleados del almacén muertos durante las prácticas del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras. Los había visto jugar en el sótano en más de una ocasión. Sólo después de un tiempo comprendió las razones que llevaron a su familia a convertir precipitadamente aquel sótano en un área destinada a productos de alta cocina importados de Japón. A pesar de todo, su padre fue recluido en la cárcel, si bien pocas semanas. Los abogados defensores lograron que lo absolvieran compensando a los deudos y apelando a la tradición. Los jueces, tras largas deliberaciones, parecieron estar de acuerdo con la preservación de las costumbres atávicas e incluso legislaron la práctica para garantizar la seguridad en el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras.

Mientras Izu pensaba en los sucesos ocurridos aquel año que disminuyó la temperatura, se topó de pronto con Etsuko, que venía caminando en sentido contrario. Llevaba puesto el abrigo que Izu le había regalado seis meses antes. Para no ofenderla con sus obsequios, Izu solía dejar sobre el tatami de Etsuko las ropas que pensaba desechar. Cuando Izu lo compró, el abrigo era amarillo intenso. Estaba confeccionado con tela plástica y procedía de una tienda del centro que Izu visitaba regularmente. A causa del uso, el color había perdido brillo. De alguna manera este tono resultaba más agradable que el anterior. Izu se lo obsequió cierta mañana en que puso en orden su guardarropa. Como Etsuko en ese momento lo llevaba cerrado, no podía saberse qué atuendo había debajo. Los zapatos de colegiala que calzaba no armonizaban con el abrigo. Izu solía ponérselo con botas de cuero negro que había comprado exclusivamente para ello. Aún conservaba las botas: se las ponía para ir con su madre a la peregrinación al Valle de la Luna una vez al año.

A finales de la primera semana de marzo Izu recibió una llamada de Mizoguchi Aori. El director necesitaba verla de inmediato. Mizoguchi Aori señaló que la citaba para tratar un asunto delicado, que no tenía que ver con la celebración de aniversario de la revista, por el que Izu había demostrado en esos días bastante interés. Al notar un tono peculiar en su voz, Izu pensó que tal vez podía tratarse de un asunto sentimental. Durante aquel tiempo habían estado viéndose, aunque de modo esporádico. Aquel hombre no le era del todo indiferente. Unos días antes, Izu y Mizoguchi Aori habían participado en la cacería de orugas organizada en la universidad con ocasión del año bisiesto. Su equipo lo conformaban ellos y el maestro Matsuei Kenzō, quien vistió el elegante traje de principios de siglo con el que su abuelo solía dirigir las cacerías. Mizoguchi Aori declinó usar la gasa gris que debía cubrirle el rostro. Pese a las sonrisas irónicas de Izu y del maestro Matsuei Kenzō, se atrevió a presentarse así ante los demás equipos. Resultaba gracioso apreciar su rostro redondo resaltando entre las docenas de gasas que confundían a unos con otros. Llevar la cara desnuda es mala señal, le repitió Izu una y otra vez disimulando la risa. Veinte años antes hubiera sido imposible que un hombre participase en la cacería de orugas de ese modo. Sin embargo, de un tiempo a esa parte las costumbres se estaban transformando. En muchos puntos del país semejante conducta era tenida incluso por distinguida. Sobre todo en los medios intelectuales y

artísticos. Participar en la cacería de orugas de los años bisiestos sin una gasa, era como afirmar que se estaba de acuerdo con las costumbres pero que en cierta medida había que reformarlas. Siendo director de una revista de arte, Mizoguchi Aori quizá pretendía transmitir en la universidad su forma de pensar. A pesar de la inquietud inicial y de las bromas que le susurró al oído, Izu estaba entusiasmada con la conducta de Mizoguchi Aori. Alrededor del mundo sucedían demasiadas cosas y resultaba absurdo pensar que las costumbres arcaicas tenían respuesta para todo. Sin embargo, seguía sin estar de acuerdo con ciertas modalidades modernas de la cultura. No le gustaba, por ejemplo, el escritor Dazai Ozamu, así como tampoco muchos artículos que aparecían en la revista de arte dirigida por Mizoguchi Aori. Desde niña había aprendido que lo más inteligente era adaptarse a los cambios de una manera natural, sin forzar la aceptación o el rechazo que una obra puede producir, pero lo cierto es que después de las largas conversaciones sostenidas con Mizoguchi Aori, empezó a despertarle cierto interés, entre otras cosas, el hombre que vomitaba sobre las obras de arte de los grandes maestros.

Desde muy niña Izu quiso demostrar que aprendía con mayor rapidez que los demás. Era hija única. Años antes su madre había dado a luz a un niño que Izu nunca llegó a conocer. Cuando nació aquel hijo, su madre estaba casada con un oficial de las fuerzas aéreas desaparecido en la guerra. En esos meses de incertidumbre la madre vivió con sus suegros en un apartamento del centro. Durante los últimos bombardeos, un día salió a recoger los escasos víveres racionados. No pudo regresar al apartamento hasta dos días después. La zona había sido destruida totalmente. Nadie le pudo dar razón de su familia. Cinco años más tarde, transcurrido el lapso prescrito por las autoridades para llevar luto sin hallazgo de un cuerpo, pudo reconstruir su vida casándose con su segundo marido.

Además de ser la primera en subir a la casa de la bruja Higaona, casi siempre colocada en la copa del árbol más alto del patio de juegos, durante las horas de recreo Izu instalaba una especie de consultorio en una esquina donde atendía a los niños que tuviesen problemas con sus estudios, con sus padres o con asuntos de carácter sentimental. Nadie sabía por qué, pero los niños aguardaban pacientemente su turno. Izu primero los escuchaba en silencio. Dejaba que expresaran libremente lo que querían decir. Luego abría un libro de *haiku* [27] que llevaba a las sesiones procedente de la biblioteca de la escuela, del cual citaba uno o varios poemas dependiendo de la importancia del problema. Cuando los maestros notaron esa actividad se alarmaron. No era conducta propia de una niña de esa edad. Citaron a los padres en las instalaciones de la escuela. La madre se mostró algo preocupada. En cambio el padre pareció disfrutar del comportamiento de su hija. Más tarde le confesó a su esposa que esa conducta era típica de la gente de su región natal.

El padre consentía a Izu. Cuando la madre iba a la peregrinación anual al Valle de la Luna, en homenaje a los desaparecidos durante la guerra, Izu y su padre también abandonaban la casa por unos días. Salían de

paseo a las inmediaciones del monte principal, donde dormían en las pequeñas casetas acondicionadas para los viajeros. Caminaban durante largas horas por paisajes extensos e intrincados. Luego se tendían a mirar las nubes, que casi siempre impedían que la cúspide del monte quedara descubierta. Solían entretenerse inventando las historias que esas nubes sugerían. Abandonaron aquellos paseos cuando Izu entró en la adolescencia y tuvo que acompañar a su madre a las peregrinaciones. El padre y la hija también iban juntos los sábados por la tarde a presenciar el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba en el sótano de los almacenes. A Izu le impresionaba el estado físico en que quedaban los jugadores. En algunas ocasiones los empleados iban a trabajar la semana siguiente disimulando las heridas con maquillaje. La policía se enteró de las luchas por la demanda que interpuso la madre del primero de los fallecidos. En el transcurso de la investigación hubo dos muertos más.

Al padre parecía agradarle la entereza con que su hija era capaz de soportar situaciones que no hubiese tolerado otra niña de su edad. La región de donde provenía el padre era uno de los pocos lugares del país donde se practicaba aquel juego. Su origen se perdía en el tiempo. Se sabe que fue prohibido desde la época en que la casta guerrera usurpó el poder de la nación. Los miembros de la policía militar iban de pueblo en pueblo ajusticiando en las plazas a quienes participaran en él. A Izu aquella prohibición tan rigurosa nunca dejó de llamarle la atención. Se debía quizás a que el juego representaba una mitología imperial, tan odiada por el nuevo régimen. Con esa práctica acaso quedaba en evidencia la sangrienta historia del país. Pese a estar convencida de su importancia, Izu nunca le mostró a nadie el ensayo sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que escribió en su infancia.

Los pequeños mecheros alimentados con alcohol que alumbraban la casa del señor Murakami eran también una manera de indicar que se debía preservar la tradición. Por eso no podía significar nada bueno que la bombilla iluminara la muestra. Izu lo pensó sentada en el salón de té francés al que entró en compañía de Etsuko después de encontrarla en la calle. Algunos clientes se giraron para mirar a las dos mujeres. Pese a que Izu llevaba el kimono de los años de la represión bajo el abrigo de piel, Etsuko fue la que más llamó la atención. Podía deberse a la estridencia un tanto decadente de la tela amarilla del abrigo que llevaba puesto.

—El frío sigue siendo atroz —dijo Izu cuando olvidó sus cavilaciones—. Siento que mi padre, Nakamura-Sen, sufre mucho con este invierno. No se queja, pero me doy cuenta de que a ciertas horas se vuelve insoportable. ¿Has notado que ni siquiera pierde saliva cuando hace los ejercicios? ¿Tuvieron problemas esta mañana para introducirle los dedos en la boca como se debía?

En ese instante llegó la camarera. Se trataba de una joven algo obesa vestida a la usanza francesa del siglo XVIII. Izu se quedó pensativa

mirando el menú. Mantuvo durante unos minutos la vista fija en la carta. Al mismo tiempo, y de modo quizás inconsciente, movía la mano derecha trazando pequeños círculos.

De improviso, levantó la cabeza y miró a Etsuko.

—Pide lo que te apetezca. Aquí preparan un delicioso *terrin* de *satsumeri-oto*. ¿Desayunaste?

Etsuko no contestó.

La camarera las miraba con una sonrisa. Tenía unos extraños lazos en la cabeza y el borde del escote de su blusa estaba adornado con ribetes de hilo. Después de pedir dos *terrin* y té a la usanza tradicional, hubo un silencio prolongado.

—Parece que el señor Murakami ha iluminado su colección con luz eléctrica.

Sin decir palabra, Etsuko entreabrió ligeramente la boca como siempre que hablaban de algo que no comprendía. Izu constató una vez más que sus dientes se pronunciaban hacia fuera. Un rasgo de la infancia. Cuando eran niñas, Izu había sido muy cruel burlándose de su sonrisa porque Etsuko se resistía a contarle a sus padres que los maestros en la escuela con frecuencia la felicitaban por su rendimiento académico.

—Una bombilla alumbrando la muestra no es buena señal —continuó Izu sin que Etsuko cambiara de actitud—. Esa colección no debería estar alumbrada así. ¿No notaste nada extraño en la visita que hiciste para devolver el brazalete?

En ese momento la mujer dejó la tetera y los cuencos a la derecha de la mesa, asumiendo que Etsuko se haría cargo. Junto a los palillos y los platos puso también cubiertos occidentales. En el centro colocó la fuente con los *terrin* de *satsumeri-oto*.

Etsuko se apresuró y sirvió el té cuando aún no estaba lista la infusión. Izu se lo hizo notar. Etsuko se disculpó inclinando la cabeza y juntando las manos. Luego intentó devolver el líquido a la tetera. Etsuko era una experta anfitriona en la ceremonia del té. Había aprendido aquel arte de su madre. Por eso Izu se sorprendió de que quisiera devolver el contenido de los cuencos. No sólo por el sabor mancillado que adquiriría el líquido, sino porque iba en contra de la naturaleza de las cosas. Incluso el *haiku* con el que la familia acostumbraba a dar comienzo a la ceremonia del té aludía a esa evidencia:

Lejano invierno

Cerezos florecientes

La golondrina

Al percatarse de su torpeza, Etsuko se levantó de la mesa con delicadeza y adujo haber olvidado un encargo urgente hecho antes de salir de la casa. Se veía contrariada. Dijo que debía pasar por los almacenes de la familia para recoger unos documentos que necesitaban la pronta firma de la madre. Izu, desde luego, no le creyó. Si la madre había mandado a buscarla era poco probable que le ordenara otra tarea. Le parecía extraño asimismo que hubiesen abandonado tan pronto la partida de *go*. No entendía cómo habían reparado tan pronto en su ausencia, acostumbrados a que se encerrase varias horas a trabajar en su estudio. Sería fácil descubrirlo. La vio alejarse hacia la puerta. Etsuko no había probado su *terrin* de *satsumeri-oto*. Mirándola salir, Izu se convenció definitivamente de que los zapatos de colegiala no hacían juego con el abrigo amarillo. En la mesa quedaron los dos platos, la fuente y la tetera. Izu pidió otro té. Desechó el tenedor, cogió los palillos y probó un pedazo de *terrin*.

Algunos años antes Izu había leído en *El elogio de la sombra* que si se utilizaba energía eléctrica lo más conveniente era dejar la bombilla descubierta. El señor Murakami parecía haber seguido ese consejo cuando decidió iluminar la colección. En la oficina de la revista quedaron confirmadas sus sospechas de que esa decisión no auguraba nada bueno. Mientras escuchaba las palabras de Mizoguchi Aori, tuvo la certeza de que no la convocaban para una cita sentimental como había supuesto. Desde la Cacería de Orugas, el director de la revista le había despertado un sentimiento que no identificaba muy bien. El asunto fue el significado de la bombilla. Todo indicaba que el señor Murakami había decidido deshacerse de su colección. Eso les daría ventaja en su afán por restarle poder al Grupo de Conservadores Radicales. Izu recibió la noticia con escepticismo. No sabía hasta qué punto era responsable de esa posible decisión. Analizándolas con detenimiento, las apreciaciones publicadas en su artículo eran de poca monta. Izu siempre pensó que con la asesoría de un académico competente el problema del señor Murakami se habría podido resolver. Sólo un año más tarde, cuando preparaba la boda, Izu se enteró de que, la mañana que vio la bombilla encendida en la casa del señor Murakami, su futuro marido estaba empezando a vender la colección.

El señor Murakami comenzó sus estudios de arquitectura en Europa. Nunca los concluyó, pero siempre mantuvo un interés por el aspecto artístico de esa disciplina. En ese entonces acostumbraba a pasear por las calles cuando comenzaba a anochecer. Había muy pocos extranjeros en las ciudades en esos días y su presencia llamaba la atención. Poco antes de casarse le habló a Izu de sus caminatas vespertinas. Le gustaba

sobre todo el otoño. Las hojas de los árboles que caían sobre la fuente del *Kunfurdamme*. En su camino era seguido con discreción por algunas liebres que seguramente esperaban que al paseante se le cayera algo comestible de los bolsillos. Luego rodeaba el Jardín Zoológico hasta llegar a la estatua del último káiser. En ese momento daba media vuelta y volvía a su hotel. Ahí se detenían los relatos que el señor Murakami le contaba a su prometida. Entre otras cosas, nunca le dijo por qué abandonó Europa. La razón por la cual el consulado de su nación tuvo que hacer uso de delicadas tácticas diplomáticas para lograr que regresase sin problemas mayores a su país. Tampoco mencionaba que al volver a pasar por el Jardín Zoológico, ya cerrado a esas horas, algunas mujeres esperaban de pie frente a las rejas. El señor Murakami devolvía algunas de las sonrisas. A veces invitaba algún cigarrillo. Otras pedía que lo acompañaran a su habitación.

Cierta tarde, después de comer rollitos de algas con arroz en el único restaurante donde los preparaban, asistió a una exposición en la Casa de las Culturas del Mundo. Allí conoció a Udo Steiner, un arquitecto con el que forjaría una amistad para toda la vida. Steiner había estudiado con un célebre colega francés. En la muestra exponía dos maquetas. Una de ellas fascinó al señor Murakami. Era el proyecto de un bungalow funcional con marcados rasgos orientales. Lo que más llamó su atención fue que contara con una habitación para suicidas. Se trataba de un cuarto donde sólo cabía una pequeña cama y una mesa de madera. En realidad, no tenía ningún elemento que lo diferenciara de una habitación normal. El señor Murakami lo comentó en voz alta. Era obvio que no había visto al lado de la maqueta el texto que se refería a la obligada cotidianidad del suicidio. Por lo demás, las superficies planas eran extensas y las puertas correderas podían crear distintos ambientes según las necesidades. A partir de los planos de esa maqueta construyó un bungalow propio, poco tiempo después de casarse con Izu. Excluyó aquella habitación. Le comentó por carta a Udo Steiner que esos cuartos ya no se precisaban. Su construcción era comprensible en los oscuros años que siguieron a la guerra. La maqueta contaba asimismo con ingeniosos sistemas de electricidad y con un racional uso del agua potable. Tras verla aquella tarde en la Casa de las Culturas del Mundo, de inmediato averiguó dónde podía encontrar al arquitecto. Se enteró de que impartía un curso en la misma universidad en la que el señor Murakami tomaba sus clases. Lo abordó en uno de los patios. Durante las siguientes semanas conversaron muchas horas en varios cafés. Udo Steiner lo invitó algunas veces a su estudio. En más de una oportunidad hablaron acerca de Japón, país del que ambos admiraban la arquitectura. Se refirieron a la importancia del juego de sombras y luces en las casas que allí se diseñaban. Antes de que el señor Murakami volviera a su país, acordaron encontrarse en Tokio en un futuro próximo. Lamentablemente ninguno de los dos pudo cumplir su promesa. Udo Steiner sólo visitaría en una ocasión el país del señor Murakami, pero ya no volverían a encontrarse.

Tanizaki Junichiro afirma en *El elogio de la sombra* que suprimir los rincones oscuros propios de las casas de antaño es darle la espalda a todas las concepciones estéticas de lo tradicional. Aquel tratado se convirtió durante mucho tiempo en el libro de cabecera de Izu. Fue además el único que su marido le permitió llevar de su estudio después de la boda. La única cláusula que modificó el contrato de matrimonio tradicional. Cuando el señor Murakami dejó de ir a dormir regularmente a la nueva vivienda, la señora Murakami no lo volvió a leer más. La casa que habitaban había sido encargada a un arquitecto que únicamente diseñaba grandes edificios multifamiliares. Se trataba de una casa moderna, con techos bajos, habitaciones adecuadas para las distintas necesidades de la vida diaria y ventanas con marcos de aluminio. Todos los muebles eran de estilo occidental, salvo ciertos utensilios de cocina con los que se preparaban las recetas preferidas del señor Murakami.

La señora Murakami dedicaba las mañanas a supervisar el inmenso jardín que rodeaba la casa. En el contrato de matrimonio se estableció que Izu contaría con un jardín tradicional. En vista de que el arquitecto con el que contaban no sabía diseñarlo, llamaron a un especialista. Por las tardes la señora Murakami se recluía en su habitación luego de ordenarle a Shikibu que empezase a preparar una cena que probablemente el señor Murakami no probaría. Solía dormir sola. Tuvieron que pasar varios meses para que decidiera pedirle al señor Murakami un televisor. Aprendió en ese tiempo a jugar *go* en solitario. Echaba de menos a Etsuko, pero el *formotón asai* [28] que le habían aplicado sus familiares era riguroso. Manejaba todas las fichas que una y otra vez la hacían poseedora de los vientos alisios y de los sirocos sin que la búsqueda del poder del universo entero tuviera un fin definido. También pensaba algunas tardes en el maestro Matsuei Kenzō y en Mizoguchi Aori. Sin embargo, sabía que ninguno de los dos querría verla nunca más.

Antes de que dejaran de frecuentarse, cada vez que la llamaban por teléfono, Izu dejaba inmediatamente lo que estaba haciendo para ir a su encuentro. El día en que el maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori entraron a buscarla al aula donde aguardaba el comienzo de la clase de la diminuta maestra Takagashi, no almorzaron en el comedor universitario como habían acordado. Mizoguchi Aori se presentó solo a la cita. Izu lo esperaba en la puerta del comedor para integrarse a la fila con los demás estudiantes. Llevaba puesto el abrigo largo de piel de oveja. Sobresalía un suéter de lana jaspeada y cuello alto que le llegaba a las orejas. Calzaba además unas botitas rojas cuyos bordes adornaban pompones de peluche. Al ver la fila de estudiantes, Mizoguchi Aori sugirió ir a un restaurante del centro. Izu tuvo que llamar a su hogar para pedir que Etsuko no fuera a buscarla aquella tarde. La madre le informó que la sirvienta salió de casa y aún no había vuelto.

Después de la comida, Mizoguchi Aori la invitó a las oficinas de la revista. En el restaurante le había contado que existía una acusación

contra el señor Murakami. No sabía bien de qué se le acusaba. Al parecer se trataba de un asunto antiguo, que en su momento nadie había tenido el valor de denunciar. «Tal vez la publicación de tu artículo ayude a poner en evidencia de una vez por todas al señor Murakami», dijo. Estaban involucradas en el escándalo un grupo de alumnas de colegios prestigiados. Mizoguchi Aori aseguró que se lo contaba para que estuviera pendiente de las repercusiones de su artículo. Cuando llegaron a la revista, Mizoguchi Aori sirvió dos copas de coñac. Pasaron después al despacho, donde los recibió el perro danés moviendo la cola. Luego sacó unas revistas de arte llegadas de Estados Unidos. Tomaron asiento en un sofá de color cenizo para hojearlas. Cuando dejaron de mirar las reproducciones, Mizoguchi Aori señaló que necesitaban su ayuda para que el Grupo de Conservadores Radicales dejara de influir en la universidad. Le dio unas cartillas numeradas para que las entregara a las muchachas embelesadas con el maestro Matsuei Kenzó, las cuales se encargarían de vigilar las urnas. Se trataba de impedir que ganaran las siguientes elecciones, si bien emplearían métodos no del todo legales pues la estupidez de muchos alumnos impedía que hubiese una verdadera democracia. De improviso llegó el maestro Matsuei Kenzó. A Izu le llamó la atención que entrara sin llamar a la puerta. Saludó a Izu casi sin mirarla y luego tomó del brazo a Mizoguchi Aori. Le urgía hablar a solas. Salieron del despacho. El perro los siguió. Izu se quedó en la oficina alrededor de veinte minutos. Las reproducciones de Francis Bacon puestas en las paredes la perturbaron. Mizoguchi Aori regresó acompañado únicamente del perro. Disculpándose le dijo a Izu que lo lamentaba pero era preciso que lo dejara solo, era inminente la fecha de cierre del siguiente número. De inmediato llamó por el intercomunicador a su secretaria para pedirle unos artículos recibidos el día anterior. Cuando abandonó el despacho, Izu no vio al maestro Matsuei Kenzó por ninguna parte. Sólo se cruzó con la secretaria. Le solicitó el teléfono para llamar a su casa. Quería que Etsuko fuera a buscarla para ir a efectuar compras que tenía pendientes. La madre le informó que la sirvienta aún no había vuelto. Izu tuvo que recurrir entonces a un taxi.

En esos días salieron a la luz las acusaciones contra el señor Murakami. Aunque no había pruebas que lo culpabilizaran, la prensa lo involucraba en un caso relacionado con el comercio ilícito de prendas íntimas. Se había descubierto una red que operaba en el entorno de algunos colegios de señoritas y compraba la ropa interior usada de las alumnas para revenderla a un grupo de hombres adinerados. Junto a las notas periodísticas aparecieron fotos de archivo del señor Murakami.

Cuando Izu leyó las noticias no pudo reprimir un grito. La madre fue de inmediato a su estudio. Abrió la puerta corredera y asustada vio a Izu riendo a carcajadas frente al periódico abierto sobre el regazo. Etsuko entró en ese momento y se quedó mirando la escena desde el umbral. Las risas de Izu eran extrañas. La madre se acercó, le quitó el periódico e intentó calmarla. Le pasó repetidas veces la mano por la cabeza mientras le pedía a Etsuko que preparara una infusión de flores. La risa de Izu fue cesando paulatinamente.

Unos momentos después Izu parecía más tranquila. Toda la familia se encontraba en la sala principal de la casa. El padre estaba tendido sobre su tatami disfrutando de unos tímidos rayos de sol que entraban por la ventana. Los días seguían siendo fríos. La sensación de principios de invierno permanecía a pesar de ser casi primavera. En la radio habían anunciado que las temperaturas mejorarían el fin de semana. Izu repitió la noticia que acababa de leer. La madre pareció consternada. Etsuko se mantuvo imperturbable mientras Izu describía los detalles. El padre siguió en duermevela, sin dar muestras de haber atendido. Al menos no se hizo visible el hilillo de saliva. La madre señaló que le parecía espantoso que su familia hubiera tenido contacto con ese hombre. Se arrepentía de haberlo considerado un buen candidato para su hija. Se arrodilló ante Izu para pedirle perdón por no haber sido una madre atenta. Después frente al padre por no haber sido una buena esposa. Finalmente se arrodilló frente a las tallas artesanales que representaban las muertes del monje Magetsu y pidió perdón por haber dejado solo a su hijo durante aquella mañana de los últimos bombardeos. Una vez cumplido aquel rito se echó a llorar. Izu se acercó. Trató de consolarla diciéndole que su relación con el señor Murakami había sido sólo de trabajo. Diez minutos más tarde, cuando la madre se mostró más tranquila, pudo volver a su estudio. Cerró la puerta como siempre que no quería ser molestada. Se acercó a la salida que daba al jardín. Creyó entrever una flor amarilla tras unos arbustos. Supo que se trataba de una ilusión óptica. En esa época del año y más aún con ese invierno persistente, los jardines estaban condenados a seguir sombríos.

Durante aquellos dos meses Mizoguchi Aori habló muchas veces por teléfono con Izu. En una de esas ocasiones le pidió consejo sobre ciertos pormenores aún no previstos referentes al cóctel de aniversario. Izu entusiasmada sugirió que se contratara a un famoso decorador de interiores que en una ocasión había ofrecido una charla en la universidad. A Mizoguchi Aori le pareció buena idea. El decorador propuso llenar el local con gigantescas flores artificiales de plástico transparente. Las flores tendrían que ser confeccionadas según la técnica de los artesanos de flores del siglo III, para establecer de ese modo un contraste interesante. A Izu le agradó que su sugerencia hubiera sido tenida en cuenta. Volvió a pensar nuevamente en la posibilidad de buscar un trabajo fuera de casa. La revista no le parecía el sitio idóneo. Durante el periodo en que se frecuentaron, Izu y Mizoguchi Aori vivieron situaciones que dificultarían una relación cordial de trabajo. Mizoguchi Aori se había insinuado en más de una oportunidad. Pero siempre daba la impresión de arrepentirse inmediatamente después. Izu creía que aquella conducta era algo extraña aunque no le preocupaba demasiado. Lo único importante era sacar adelante su carrera. Pensó que quizá Mizoguchi Aori podría recomendarla con alguien que le ofreciera un trabajo por las tardes.

Izu y Mizoguchi Aori nunca estuvieron solos en el despacho. Siempre permaneció el perro. Los encuentros eran interrumpidos con frecuencia por una o varias llamadas del maestro Matsuei Kenzō. Después de hablar con él, Mizoguchi Aori solía pedirle a Izu que abandonara la

oficina. Siempre aducía asuntos de trabajo. La madre de Izu estaba al tanto de las citas de su hija. En más de una ocasión le había pedido a Etsuko que la acompañase. Pero Izu se negaba tajantemente diciendo que estaba en juego su destino profesional. Mizoguchi Aori debía considerarla una mujer independiente. Por las noches la madre aguardaba atenta el regreso de su hija. Muchas veces Mizoguchi Aori la acompañó en su auto. En dos ocasiones incluso la besó antes de que bajara.

Un día antes de la celebración de la fiesta de aniversario, Izu llegó a las oficinas de la revista cuando el personal ya se había marchado. Había revisado con la secretaria los detalles del cóctel en la revista y de la cena en el restaurante. Fue personalmente a la agencia de servicios de banquetes y probó una muestra de cada uno de los canapés que se iban a servir esa noche. Fue muy estricta en la elección de los licores. Le pareció que lo mejor para el cóctel era un servicio internacional: pastelillos de la escuela francesa y vino o champán. El menú tradicional era para la cena en el restaurante, a la que sólo serían convocados los invitados especiales: accionistas, anunciantes, críticos prestigiosos y algunos artistas.

Ya entonces Izu había adquirido la suficiente confianza para entrar y salir de las oficinas de la revista sin previo aviso. El conserje le permitía pasar sin anunciarse. Siempre salía a recibirla el perro danés. La saludaba con un par de lengüetazos para regresar de inmediato a la manta tendida en un rincón del despacho. Aquella tarde le sorprendió que el perro no saliera a saludarla y que la puerta de Mizoguchi Aori estuviera cerrada. En un primer momento Izu creyó que se debía a un descuido. Trató de abrirla pero tenía el seguro puesto. Oyó al perro dentro. Intrigada insistió. El danés comenzó a aullar. Izu fue entonces al escritorio de la secretaria a ver si había llave de repuesto. En ese momento vio en el sofá de la recepción la chaqueta y el portafolios del maestro Matsuei Kenzō. Se quedó de pie unos momentos sin moverse. Luego se retiró de las oficinas.

Cuando llegó a su casa esa noche no tuvo ánimos de ayudar a trasladar al padre. Su pretexto fue un insoportable dolor de cabeza. Pero la madre le dijo que Etsuko no había regresado y debían cargarlo juntas. Fastidiada cumplió su obligación lo más rápido posible. Le comentó a la madre que las ausencias de Etsuko comenzaban a irritarla. A pesar de la brusquedad del traslado, el padre no despertó. Se había quedado dormido desde la tarde. Esa noche no cenaría. El médico había dicho que dado el caso era preferible el sueño a la alimentación. Etsuko llegó justo cuando le estaban poniendo las mantas encima. A pesar de que habría querido reprenderla por su ausencia, Izu prefirió encerrarse en su estudio. Esa noche dormiría allí. Por primera vez desde que la enfermedad del padre había empeorado, aquella noche no le aplicó los masajes de *shiatsu* ni rezó las oraciones al monje Magetsu. Etsuko debía llamar a la puerta del estudio más tarde para llevarle el *futón*. Una hora después, mientras la miraba disponer el espacio donde pasaría la noche, los hombros de la sirvienta le parecieron sensuales. Nunca antes lo

había advertido. Estaba tan acostumbrada a su presencia que nunca había imaginado que esa mujer pudiera gustarle a los hombres. No supo por qué, pero la sospecha de que Etsuko sostenía citas clandestinas le produjo una leve sensación de asco. Pero tenía cosas más importantes en que pensar. Cuando se recostó no pudo conciliar el sueño. Estuvo muchas horas pensando en el día siguiente. Recordó con insistencia la chaqueta y el portafolios del maestro Matsuei Kenzō en el sofá. Finalmente decidió hablar con la maestra Takagashi al llegar a la universidad. Iba a denunciar y a mostrar pruebas del fraude electoral que el Maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori pretendían cometer.

3

L

as ocasiones en que la señora Murakami creyó ver a su marido al fondo del jardín, sintió que entre ellos no había ya nada que decir. Se había ido disipando el aborrecimiento que experimentara durante la agonía de su esposo, cuando el señor Murakami pidió ver nuevamente los pálidos pechos de Etsuko.

El señor Murakami le propuso matrimonio una noche de verano. Habían llegado temprano a la celebración de la Noche de las Linternas Iluminadas, que como de costumbre se llevaba a cabo en los jardines del Palacio Imperial. La luz que esa tarde se filtró entre los árboles fue de una transparencia inusual. Izu recordaba pocos días tan espléndidos. Se preparaba la celebración con el fasto de costumbre. En ese entonces a los ciudadanos todavía se les permitía pasar la noche entera en los jardines. Vieron el atardecer sentados en un promontorio. Cuando la celebración comenzó, el señor Murakami metió en el bolsillo del abrigo de seda de Izu un puñado de cañitas de bambú. Luego le susurró frases románticas. Nuevamente hizo mención a su voz; a su parecido con la de la diosa Tamabe. Cuando el chofer pasó por ella temprano, le llevó de parte de su señor un alfiler de oro para que lo llevara en la solapa del abrigo esa noche. La tarde anterior Shikibu la había llamado para preguntar cuál iba a ser su atuendo para la celebración. Izu y el señor Murakami habían estado viéndose furtivamente desde hacía algún tiempo. Pocas semanas después de abandonar para siempre la universidad, Izu recibió una llamada del señor Murakami. Etsuko fue la única al tanto de todo. Incluso sirvió de correo para intercambiar las notas que se escribieron los amantes. Las primeras veces se vieron en el automóvil negro. El señor Murakami le ordenaba al chofer que lo estacionara en un lugar agradable y que saliera a dar una caminata. El automóvil casi siempre permanecía estacionado en un recodo del camino que lleva al monte principal. Desde allí podía verse la ciudad entera. En ninguna de aquellas citas se mencionó el artículo publicado en la revista. Tampoco se habló del asunto de las prendas de las niñas de colegios de prestigio. El señor Murakami se atrevió a tocarla sólo a la tercera salida. Le dijo que su cuerpo le hacía recordar a las mujeres de las islas del archipiélago. Le acarició repetidas veces los pechos. Pese a no sentir un verdadero placer, Izu se los dejó tocar. No permitió sin embargo que en el automóvil sucediera ninguna cosa más.

Hubo de transcurrir casi un mes antes de que Izu accediera a acompañar al señor Murakami a un hotel. Era un establecimiento de lujo bastante discreto. Por alguna razón el señor Murakami se negó a

llevarla a casa. En ese tiempo vivía sólo con la vieja Shikibu. Había despedido meses antes a las empleadas que se encargaban de mantener y mostrar la colección de arte. Izu abandonó la universidad de manera repentina. Faltaba sólo un año para concluir sus estudios, pero su situación académica comenzó a hacerse intolerable. Por un lado estaban sus compañeros, bastante menores y con intereses divergentes; por otro, el caso del maestro Matsuei Kenzō, destituido de su cargo luego de una junta extraordinaria que convocó el Consejo Universitario inmediatamente después de que Izu hablara con la maestra Takagashi la última mañana de invierno. Izu no estuvo presente en las celebraciones de la revista. A pesar de haber sido una de las organizadoras, se dio cuenta el día antes de que no era propio asistir. En un principio no le importó demasiado, pero con el tiempo el alejamiento del maestro Matsuei Kenzō y de Mizoguchi Aori la fue preocupando cada vez más.

El noviazgo no duró más de seis meses. En ese tiempo el señor Murakami terminó de deshacerse de las piezas de su colección. Por último puso en venta la casa. En esos días le encargó al arquitecto de edificios multifamiliares que diseñara la nueva vivienda. Quería que su aspecto fuese absolutamente occidental, y no aceptó que se construyera espacio alguno destinado a obras de arte. Fue entonces cuando Izu pidió su jardín. El señor Murakami accedió después de meditarlo, pero le dijo que tendría que encargarse de su diseño y cuidado. Con el dinero que obtuvo por su antigua casa había comprado un amplio solar. Poco antes de terminar la construcción, autorizó a Izu para contratar a un jardinero respetuoso con la tradición.

4El señor Murakami llamó a la casa de Izu dos días después de que la diminuta maestra Takagashi, quien pertenecía al círculo de amigos que se reunían a cenar una vez por semana, le contara sobre la confesión del fraude electoral que había realizado Izu en su gabinete. Luego de un mes le propuso matrimonio. Hubo una separación antes de la boda, cuando a Izu le constó que el señor Murakami estaba terminando de rematar la colección. Este suceso la llevó a pasar casi dos meses encerrada en el estudio, pues se sentía responsable de la terrible decisión del señor Murakami. Únicamente salía para tratar a su padre en la mañana y en la noche. Pasaba el resto del día contemplando los cambios que se producían en el jardín. Finalmente aquel invierno no duró todo el año como habían temido. El único día que salió a la calle durante esos dos meses, el calor fue agobiante. Se dirigió a la universidad a solicitar su baja. Adujo problemas familiares. En aquella oportunidad Izu llevó un kimono apropiado para los cambios de estación. La tela no era muy gruesa pero tampoco era la más adecuada para el insólito calor de esa mañana. Al llegar a la universidad, Izu se quitó el *otogomo* [29] que llevaba puesto y soltó su cabello. Se encontró con aquellos compañeros de curso que se habían referido al individuo que vomitaba sobre las obras de arte. No la saludaron. Trató de darse prisa en los trámites. No quería cruzarse con la diminuta maestra Takagashi ni con el maestro Matsuei Kenzō, el cual en esos días acudía aún a la universidad para vaciar su gabinete.

Llegó a avergonzarse de su ensayo, quizá su madre había tenido razón. Nunca imaginó lo que podía desencadenar escribiéndolo. Era consciente del esmero que había puesto el padre del señor Murakami en reunir la colección. Pensó en marcharse de la ciudad. Tal vez a las islas de pescadores de donde era oriunda su madre o a Estados Unidos, donde quizá podría tener una vida diferente. Sin embargo, sabía que no podía dejar sin cuidados a su padre. Los gemidos que emitía eran ya del todo ininteligibles y el hilo de saliva cambiaba sutilmente de color.

Durante las siguientes jornadas las temperaturas fueron extremas. Podía amanecer a menos de cero grados centígrados y alcanzar los treinta y cinco por la tarde. También se presentaron lluvias, fuertes aguaceros y tormentas tropicales. Izu veía estos cambios desde su ventana. Pensó de nuevo en el trabajo, pero le pareció importante seguir recluida un tiempo más. A pesar de que en las noches ya se encendían las luces de los árboles del jardín.

Izu volvió a salir a insistencia de la madre, a quien le costó varios días convencerla de que fuera de compras al centro de la ciudad. La madre iba a sostener una entrevista con el señor Murakami a espaldas de Izu. A pesar de aborrecer al hombre debido al escándalo de las prendas íntimas y de no considerarlo un pretendiente adecuado para su hija, él había solicitado la cita de manera formal. El señor Murakami llegó a la casa sin tener en cuenta el aguacero que había caído esa tarde. Izu y Etsuko estaban en el centro. La sirvienta tenía el encargo de entretenerla hasta el anochecer. De todas maneras, tampoco hubiesen podido abandonar el centro comercial por la tromba de agua. La madre lo recibió vestida con un kimono muy antiguo. Era de color coral y al frente estaba cuajado de brillantes hilos de oro que reflejaban el bordado. Calzaba unas *sarayas* [30] y medias de seda azules. Lo recibió en el minúsculo pabellón al poniente de la casa. Se accedía a esa estancia subiendo unos cuantos escalones de sándalo. Aquel espacio se encontraba algo alejado del resto de la vivienda. Había sido construido para guardar las imágenes sagradas que la madre sacaba una vez al año para asistir a la peregrinación al Valle de la Luna. En un extremo una alta vidriera con ventanas de doble marco estaba cubierta con papel de arroz. En el suelo había varios cojines acomodados. Los *shojis* [31] que alumbraban la estancia estaban elaborados del mismo material. Debido a la ausencia de Etsuko, la madre se vio obligada a contratar una maestra del té para que llevara a cabo la ceremonia que le ofrendaría al señor Murakami. En aquella ocasión no permitió que se pronunciara el *haiku* con el que la familia acostumbraba a empezar el ritual.

A su regreso, Izu no advirtió nada extraño en la casa. Llegó cargada de paquetes: entre otras cosas, unas blusas sin mangas de colores pastel y dos faldas plisadas. Había estado a punto de adquirir también unos mocasines, pero no se decidió por ninguno de los modelos exhibidos. En su lugar compró dos pares de botas que cubrían las rodillas. Cuando iba de compras solía pedirle a Etsuko su opinión. La sirvienta se limitaba a asentir o a negar con la cabera. Ambas mujeres tenían casi la misma

edad. Etsuko sólo era medio año mayor. A pesar de que sus cuerpos eran diferentes, Etsuko siempre terminaba usando las ropas de Izu. Había vivido con ella desde niña. Su madre era la *saikokú* [32] de la madre de Izu cuando aún estaba casada con el oficial de aviación. Para sorpresa de todos, abandonó la casa una mañana llevándose los *suppenka* [33] de su señora. La madre de Izu prácticamente crió a Etsuko y estuvo pendiente de que siempre estuviera limpia y bien vestida. Había sido una niña callada. Iba a la escuela con Izu. Más de una vez se pensaban que eran hermanas. Izu se lo contó a su madre y desde entonces dejaron de vestirla y arreglarla como hija de la familia.

Izu cruzó el jardín y se dirigió directamente a su estudio. Etsuko iba delante cargándole las bolsas. Izu se desvistió y quedó completamente desnuda. Su piel tostada parecía haberse abrigado con la edad. Sin embargo su cuerpo continuaba mostrando las peculiaridades de las mujeres de Ochún. Se probó las blusas. La rosa, la celeste y la de un tono amarillo suave. Las iba combinando con diademas de colores que sacó de un cajoncito del escritorio. Etsuko miró atenta los cambios de vestuario. Cuando terminó, la ayudó a ponerse el camisón de franela para dormir. También las medias de lana. Le preparó el *futón* que desde hacía dos meses, tiempo de su encierro, ya no se encontraba en la estancia principal de la casa. Luego se despidió y cerró la puerta después de apagar la luz central y dejar encendida únicamente una pequeña lámpara que brillaba con baja intensidad.

En la sala la madre lloraba agotada. No fue casual que Izu no la hubiera visto esa noche. Etsuko tenía el encargo de contarle que su madre estaba en los almacenes de la familia del padre, porque a causa de las tormentas el sótano donde vendían productos de importación estaba vacío. Había naufragado el último barco que llegaba de Japón y necesitaban su firma para establecer contactos comerciales de urgencia. En realidad la madre ni siquiera se había quitado el kimono. Tampoco había leído el periódico a su marido. Etsuko se acercó y en, medio de la oscuridad la estuvo contemplando unos momentos. El largo cabello canoso aún se mantenía sujeto con unas horquillas casi imperceptibles. Luego se dirigió al pequeño pabellón donde se había desarrollado el encuentro. Salvo el tenue aroma del agua de colonia del señor Murakami, nada delataba la reciente entrevista. Antes de irse, Etsuko caminó sobre los cojines que habían utilizado los participantes de aquella ceremonia del té.

La aparición del fantasma del señor Murakami flotando en los estanques del jardín años después casi siempre coincidía con la Noche de las Linternas Iluminadas, con la época en que se encendían las luces de los árboles o con el final del invierno. En un comienzo Izu creyó que aquello podía tener un sentido simbólico, puesto que de algún modo esas tres fechas habían determinado su vida conyugal. En la actualidad quedaba poco de todo aquello. Las raíces de los bambúes reales fueron terminadas de sacar de la entrada poco después del funeral, y el dinero

que dejó el señor Murakami en el banco estaba a punto de acabarse. A Izu parecía aguardarle la pobreza. No creía poder mantenerse por sí misma. Ahora sólo quedaban la casa y el jardín.

Los obreros que recibieron la orden de destruirlo no supieron por dónde empezar el trabajo. La mañana que fueron convocados a aquel espacio exquisito, tardaron en entender lo que se les pedía. La señora Murakami estaba decidida a demolerlo totalmente. Después tenía pensado llamar a un arquitecto para ver qué podía hacer con el terreno. Cómo podía conseguirse dinero a partir de su comercialización. El jardinero estaba viejo. Desde hacía un tiempo no cumplía con sus horarios de trabajo. A Shikibu apenas podía pedirle que se ocupara de la cocina. Los platos que preparaba aparecían cada vez con más partículas del polvo de arroz que se le desprendía del cutis. No habían pasado muchos años desde la muerte del señor Murakami. Sin embargo, ya nada era igual.

La señora Murakami no dijo nada cuando se abrió el testamento. Desde que su marido pidió ver los senos de Etsuko durante la agonía, ya no esperaba nada de él. La mayoría de los bienes estaban destinados a la realización de la nueva Sala de Arte Murakami en el Museo de Artes Folklóricas, de la que se encargaría el Grupo de Conservadores Radicales bajo la curaduría de la diminuta maestra Takagashi. El bungalow lo legaba a su amigo Udo Steiner. El automóvil negro que compró durante los años de la posguerra sería para la madre de la señora Murakami con la condición de que no lo vendiera. El usufructo de la casa y el jardín, así como el dinero que quedaba en el banco eran para su esposa. La señora Murakami se quedó sorprendida de que a su marido le quedara tan poco dinero en sus cuentas. La razón la descubrió cuando Udo Steiner visitó el país por primera vez para acudir al funeral de su amigo de toda la vida. Al abrir el bungalow, después de que el notario le entregara la única copia de las llaves, encontró en él todas las obras de arte tradicional que su marido había estado comprando para la nueva Sala de Arte Murakami desde que le diagnosticaron cáncer de próstata.

La situación económica de la señora Murakami era desesperada. Además no podía recurrir a su familia. En la única reunión que su madre sostuvo a escondidas con el señor Murakami, la tarde en que Izu se compró tres blusas iguales de tonos pastel, aquél le dijo que aceptaría casarse con su hija únicamente si la familia le aplicaba el *formotón asai*. [34] El señor Murakami exigía que su futura esposa renunciara a la dote para convertirse de ese modo en un marido de la vieja estirpe. Recibía una mujer sin nombre, sin privilegios y sin dinero. La madre le suplicó que no pidiera la mano de su hija. Pero el señor Murakami le dijo que poseía pruebas de la presencia de Izu en el hotel donde se realizaron las citas clandestinas. Tenía también unas fotos que hubiera preferido no mostrarle, en las que aparecía Izu semidesnuda dentro del automóvil negro estacionado en un recodo del camino.

Izu supo de aquel arreglo antes de casarse. La madre durante una larga conversación le quiso hacer entender que no tenía alternativa. Los dos

compromisos truncados, la publicación del artículo, el escándalo del comercio de prendas íntimas y el abandono de la universidad, nunca antes se lo había dicho, pero habían afectado gravemente la salud del padre. El escándalo que podrían desencadenar las pruebas y las fotos sería demasiado para él. Para Izu no era necesario que su madre tratara de convencerla, hacía semanas que había decidido que quería ser la señora Murakami. Había llegado a esa conclusión luego de mirar una y otra vez el reflejo de la flor amarilla que ciertas noches aparecía en el centro de su pequeño jardín. Durante esa temporada incluso había dejado de mandar comprar la revista de arte que en otra época le había interesado tanto.[35] Una mañana, poco tiempo después de que Izu hubiese hablado con su madre, el automóvil negro del señor Murakami volvió a estacionarse frente a la verja. Sonó la bocina un par de veces y luego siguió un prolongado silencio. Diez minutos más tarde, Izu salió de su casa con el mismo kimono de la época de la represión con el que había visitado la colección Murakami algunos años atrás, y el libro *El elogio de la sombra* entre las manos. Su madre lloró al ver a su hija cerrando las puertas del estudio que daban al jardín. Le suplicó que no se fuera, e incluso le prometió que haría todo lo posible por revocar el *formotón asai*. El padre permanecía tumbado en su tatami. Izu entró a despedirse pero parecía dormido. Le sopló en el rostro. No salía de su boca ningún hilillo de saliva. La última orden que Izu le dio a Etsuko antes de abandonar la casa paterna fue que consolara a su madre y que, en adelante, cuidara de ella. El padre falleció dos meses después.

Aquel día, por única vez desde que Izu se fue de casa de sus padres, ella y el señor Murakami se sentaron solos a comer en un restaurante en las afueras de la ciudad. Ofrecían la carne recién cortada de un pez que regresaba descarnado pero vivo a una pequeña pecera puesta sobre la mesa. La comida duraba el tiempo exacto que tardaba el pobre animal en dejar de nadar y morir. También era posible apreciar el proceso completo del florecimiento de un cerezo cuando servían el té. Al señor Murakami esos recursos le parecían más propios de un número de atracciones que de un avance en el ámbito gastronómico del país. Izu se desconcertó cuando se lo dijo, pues momentos antes había sido una entusiasta defensora de aquellos artilugios.

Algunos niños de los alrededores, al ver la maquinaria pesada apostada frente a la casa de la señora Murakami, se han acercado para preguntar cuál va a ser el futuro de los peces. Los niños saben que en esa época no se pueden matar las carpas doradas y que tampoco pueden venderse sino hasta cuando terminen de desovar. Se han presentado con recipientes y bolsas de plástico para recibirlos. Shikibu ha tenido que salir a espantarlos. Cuando ha vuelto a entrar en la casa, le ha pedido a su señora que no mire en el momento en que los hombres ejecuten su mandato. Le ha ofrecido darle un baño con flores aromatizantes y hacerle un nuevo peinado. La señora Murakami ha estado a punto de aceptar. Al final ha decidido quedarse a ver cómo se llevan a cabo las transformaciones. Está vestida con una de las batas

que no se sabe si son hechas para mujeres extranjeras o para actores del teatro *kabuki*, que su marido le fue regalando durante sus años de matrimonio. En la pierna lleva una cadenita de oro, que curiosamente su marido ni le pidió ni le prohibió nunca que llevase. Antes de que los *bulldozers* comiencen su labor, la señora Murakami se pone de pie y se acerca al capataz. Ya sabe por dónde quiere que se comiencen los trabajos. Lo primero que se destruirá será el fondo del lago central. Habrá que hacer pedazos la zona por donde el fantasma de su marido suele aparecer cuando las condiciones del clima son las apropiadas.

Izu Murakami cree ver en medio del polvo la aparición de una casa en las faldas del monte central iluminada sólo con *shojis* de papel de arroz y con un cuarto de baño fuera del área techada. Le parece también escuchar la voz de su padre llamándola en un idioma que se le hace imposible comprender.

Otsomuru [36]

Adenda al relato del jardín de la señora Murakami

1. Si bien no está dicho explícitamente, la señora Murakami mantiene una extraña relación con el ensayo *El elogio de la sombra* de Tanizaki Junichiro. Resulta imposible definir la naturaleza de dicho interés.
2. La madre de la señora Murakami, aunque no se mencione constantemente, lee el periódico en voz alta todas las noches. La escuchen o no la escuchen. Deja de hacerlo en una sola ocasión.
3. Los *futones* que se usan en la familia provienen de los talleres Tenkei, los más resistentes del mercado. El padre los usó durante los largos años de su enfermedad.
4. La definición clara y contundente de las presentaciones de las Mujeres Cerezo, quienes actuaban en una explanada frente al restaurante donde el Premio Nobel debió comer con los zapatos puestos, podría cambiar el sentido del relato del jardín de la señora Murakami. Se prefirió mantener el sentido original.
5. Es imposible comprender por qué se ha omitido la narración del regreso del señor Murakami a la casa conyugal cuando supo que se estaba muriendo de cáncer de próstata. Durante todo el tiempo que duró su enfermedad, Izu Murakami tuvo que cuidarlo como lo haría una esposa diligente.
6. El peinado que le hacen a la señora Murakami para el funeral de su marido es muy parecido al que se hizo la tía de Akira el día en que el muchacho murió de mal de rabia.
7. En algún momento de la narración habría sido conveniente volver a referirse a la Cacería de Orugas, tal vez explicar con detalle lo absurdo de una actividad como aquella.
8. ¿Por qué nunca llega a saberse si el señor Murakami sabe conducir o no?
9. El *terrín de satsumeri-oto* que pide Izu en el salón de té de estilo francés que visita en compañía de Etsuko, parece ser un pastel con pescado.
10. No hay explicación científica que aclare las razones por las que el hilo de saliva pende de la boca del padre cuando parece entender las cosas, y menos que con el tiempo cambie de color.
11. La propuesta del famoso decorador de interiores que sugiere decorar las oficinas de la revista con grandes flores hechas de tela pero

siguiendo la técnica de los artesanos del siglo III, fue seleccionada para la Bienal de Venecia de 1969.

12. Por el testimonio de algunos viajeros, se cree que el maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori continúan juntos viviendo en la costa oeste de Estados Unidos. Más de uno ha descrito a los propietarios de un bar de playa con las características de aquellos hombres que tanta importancia tuvieron en la vida de Izu Murakami.

13. Es quizá conveniente saber que las gentes de las islas del archipiélago acostumbran a apagar las luces puestas en los árboles durante el periodo más frío del invierno.

14. El juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras, luego de la legislación oficial que marcó sus límites, puede adquirirse empaquetado en las principales cadenas de jugueterías del país.

15. El cabello largo y canoso de la madre de Izu se veía muy alborotado cuando acababa de levantarse.

16. Nunca más se volvió a oír nombrar el libro que redactaba el maestro Matsuei Kenzō en la paz de su gabinete: el texto de historia del arte para estudiantes de los últimos años de secundaria.

17. Los amigos del señor Murakami se reunían todos los jueves en el mismo restaurante del centro de la ciudad. La única mujer admitida en las juntas era la maestra Takagashi, quien se había formado junto con ellos en las años anteriores a la guerra. El restaurante estaba rodeado de soberbios jardines y era considerado como uno de los mejores del país. Parece ser que esos amigos eran personas muy poderosas dentro del mundo de la política y de las finanzas. De allí que el señor Murakami hubiese salido tan bien librado de sus problemas con la justicia.

18. Resulta difícil entender la actitud final del señor Murakami pidiendo a gritos volver a ver los pálidos senos de Etsuko. Podría atribuirse a los efectos de la medicación y la agonía. Sin embargo, se cuenta con los elementos necesarios para llegar a pensar incluso que fueron amantes. Si eso es cierto, nunca se conocerán las verdaderas razones que motivaron a los protagonistas.

19. El ombligo de Tutzío le es devuelto a su madre cuando le piden que no visite más la casa de Izu. La madre a su vez lo envió a América y se desconoce cuál fue su paradero.

20. Pocos años después de la muerte del señor Murakami, la maestra Takagashi es nombrada por el Emperador asesora oficial en los asuntos de arte de la nación.

21. Organizar consultas al aire libre para tratar asuntos del alma y el corazón es una práctica que, desde hace milenios, se lleva a cabo en la zona central del país, región cuyas costumbres son poco conocidas en el

resto de la nación. Quizá por ese desconocimiento, la conducta de Izu en el patio de juegos de la escuela causó tanta extrañeza entre sus maestros.

22. Izu sólo vuelve a oír a su marido referirse a su particular timbre de voz cuando cree verlo aparecer al fondo del estanque del jardín.

23. El juego de la bruja Higaona consiste en colocar una pequeña casa hecha de bambú en la cresta del árbol más grande de los alrededores. Gana el primero en llegar a la casa. Se cree que con esto se logra que el espíritu de la bruja se poseione del contrincante que queda en último lugar.

24. En la actualidad aquellos que pasean por el parque Murakami, que es en lo que finalmente se convirtieron la casa y el jardín al no poderse eludir las normas legales que amparaban el testamento del señor Murakami, comentan que la belleza de aquel lugar surge de la venganza que llevó a cabo un señor en contra de su esposa.

Fin

Escaneo y corrección del doc original:

Maquetación ePub: el ratón librero (tereftalico)

Acerca del Autor

Mario Bellatin nació en 1960 y estudió cinematografía en Cuba. Por circunstancias personales, se trasladó a Perú, donde dio a conocer su obra literaria, que obtuvo una amplia difusión y varias de sus novelas fueron llevadas a la escena. Tras fijar su residencia en México, la crítica de su país tampoco ha escatimado elogios a este singular y arriesgado narrador. Es autor de las novelas cortas *Mujeres de sal* (1986), *Canon perpetuo* (1993), *Efecto invernadero* (1996), *Damas chinas* (1998) y *Poeta ciego*, publicada por Tusquets México en 1998. Tras los cálidos elogios que mereció en 1999 *Salón de belleza* (Andanzas 414), traducido ya al francés y al alemán, Bellatin nos entrega en *El jardín de la señora Murakami* una historia, en apariencia sencilla, que recrea con sutil ironía los clásicos japoneses.

Fotografía de la cubierta

Ilustración de la cubierta : fotografía de Ximena Berecochea especialmente realizada para la edición mexicana.

© Ximena Berecochea

Notas

[1] Véase nota 5.

[2] Traje tradicional confeccionado principalmente por mujeres.

[3] Cinturón cuyas medidas suelen tomarse de las figuras de las diosas en la religión sintoísta.

[4] Forma teatral donde todos los actores son hombres. Nunca hay sincronía entre los parlamentos y las acciones representadas.

[5] En realidad una saikokú, tal como se entendía este oficio en el periodo imperial. Sus funciones estaban a medio camino entre sirvienta, ama de llaves, doncella o dama de compañía. Las saikokús desempeñaban todas estas funciones y al mismo tiempo ninguna.

[6] Periodo histórico situado entre la era Meiji y el periodo Kamakura, dominado por las fuerzas militares donde todo adorno personal era considerado como homenaje al antiguo poder imperial.

[7] Establecimientos que tenían la función de hacer sentir a los usuarios como si estuvieran en la playa. Se pusieron muy de moda en los años sesenta.

[8] Colchón de algodón prensado que da al usuario la sensación de abrigo cuando hace frío y viceversa, de fresca cuando hace calor.

[9] Estera de mimbre con la que se suelen cubrir las habitaciones. Tienen una medida única, de ahí que el área de una habitación se indique por el número de tatamis que caben en ella.

[10] Monje fundamentalista que afirmaba no haber tenido una sino muchas muertes. En cada uno de estos decesos lanzó alarmantes profecías que aún están por cumplirse. Su culto está muy difundido sobre todo en las regiones montañosas.

[11] Forma de masaje curativo.

[12] Región enclavada en el centro mismo del país, cuyas mujeres tienen la particularidad de lucir muy bien delineadas las líneas del cuerpo.

[13] Material artificial utilizado especialmente por la industria del mueble. Puede ser usado también para la decoración de interiores. Entre sus virtudes están su capacidad de imitar materiales nobles como

la madera o el mármol y la ventaja de que puede ser lavado con facilidad.

[14] Pintor inglés.

[15] El regalo del ombligo es una costumbre arraigada especialmente en la casta comercial del país. En muchas ocasiones suplanta a los esponsales.

[16] Medida de tierra que se suele usar en los cementerios. Un *otsu* es equivalente a medio metro cuadrado, por lo que no es extraño que muchos de los difuntos sean enterrados de pie.

[17] Nombre que reciben las martas en el país.

[18] Vara tradicional que simboliza el poder de quien la detenta. Antiguamente la usaban los maestros de más alto rango.

[19] Plato preparado con verduras y carnes asadas. Suele ir acompañado de gelatina dulce.

[20] Ollas japonesas diseñadas especialmente para cocinar rollos de algas. Por la dificultad en su obtención son muy apreciadas en el país, especialmente entre las clases media y alta.

[21] Trozos de pescado.

[22] Carne de res prensada.

[23] Niño abandonado en la región septentrional, adoptado por Wara Wara, el espíritu de las montañas, quien lo convirtió en un hombre de fuerza hercúlea.

[24] Dragón de agua con cabeza humana, que es la personificación de las trombas marinas. Cuando se eleva a los cielos desde su morada en el fondo del mar, la cola genera terribles reverberaciones en el agua.

[25] Entretenimiento tradicional en el que los contrincantes deben apoderarse del universo representado en la simbología de los vientos.

[26] Platos típicos cuya descripción no aportaría nada sustancial al relato.

[27] Forma poética que demuestra la inutilidad de los grandes tratados filosóficos, según palabras del sabio Surinami Mayoki (1113-1128).

[28] Véase nota 34.

[29] Velo falso de papel de arroz que se pone sobre el kimono cuando se usa durante el día. Esta prenda suele desvanecerse por sí misma a lo largo de la jornada.

[30] Sandalias de madera. En un pivote atado a la suela se introduce el dedo grande del pie.

[31] Candelabros cubiertos con papel de arroz y alimentados con germen de soja seco. El combustible puede alumbrar varios días, pero una vez encendido no puede ser reemplazado hasta su extinción.

[32] Véase nota 5.

[33] Lienzos de tela ligera que usan las mujeres para envolver sus cuerpos durante el sueño una vez consumada la noche de bodas.

[34] Forma jurídica tradicional sustentada en la palabra de honor, que no admite rectificación. Sus reglas son bastante estrictas e incluyen el repudio familiar, la prohibición de usar el nombre paterno y la pérdida del privilegio de ser cubierta con los supenka por su marido tras la consumación de la noche de bodas.

[35] La revista dejó de aparecer poco tiempo después de la destitución del maestro Matsuei Kenzō de la universidad.

[36] Palabra que se refiere a un final que es en realidad un comienzo. El poeta Bashō (1644-1694) la utilizaba en los poemas que no tenía pensado que se publicasen.

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

